



EL CUBO Y LO GRIS

Relatos

María Cristina Solache Galera



María Cristina Solaecha Galera. Nace en Santa Lucía, Maracaibo, Edo. Zulia, Venezuela. Lcda. Educación. Mención Matemáticas. Mg. en Educación Superior, Mg. Matemática Pura en la Universidad del Zulia, Profesora Emérita Titular de la Universidad del Zulia. Miembro de: Sociedad de Escritores del Estado Zulia, Sociedad de Escritores de Venezuela, la Casa de la Poesía del Estado Zulia. La Peña Literaria César David Rincón. Miembro de la Sociedad Bolivariana de Venezuela, Capítulo del Estado Zulia.

Publicaciones Científicas: **Aspectos históricos del Pensamiento de Newton** (1988). **La controversia L'Hospital-D.Bernoulli** (1993), **Lady Ada Byron y el primer programa para computadoras** (1994), **La controversia entre L.Kronecker y G.Cantor acerca del infinito** (1995), **El Algoritmo de las Operaciones Elementales y la Matriz Escalonada Reducida: Conceptos milenarios y orientales** (1996), **Sistema de tabulación de Coeficientes Binomiales o Triángulo de Pascal: un Modelo Numérico rasga el telar de los tiempos** (1998),

Publicaciones Literarias: **Un ceratias de Barro y Fuego. ARTESA** (1992), **Omar Khayyam: las Matemáticas, la Nada, el Vino y la Amada** (2002), **Amor... asoma. Antología Verano Encantado.** (Centro Estudios Poéticos. Madrid, 2002). Colabora en **SENSIBLES DEL SUR.** (Argentina, 2003). **Poemas** (Revista Paradoja, West Virginia. 2005).

Poemarios: **Un amor de Miel y Ajenjo.** (EDILUZ, 2003); **Poemas Ásperos y Oscuros,** (Astro Data. 2005); **El verano de los tamarindos** (Voz alta ediciones, 2012); y la obra ensayística: **Poesía venezolana dispersa y permanente.** (Ediciones Astro Data. S.A., 2011).

EL CUBO Y LO GRIS

RELATOS

María Cristina Solache Galera

María Cristina Solaeche Galera
EL CUBO Y LO GRIS

Ilustración de la portada

Título: Dictadura.
Autor: Carlos Alonso
Técnica: Grabado.
País: Argentina.

www.sultana.com.ve
0058-414-0604028
0058-261-7880909
ventas@sultana.com.ve

ISBN: 978-1549728464

Todos los derechos reservados

PRÓLOGO

Es motivo de complacencia escribir esta introducción al libro de cuentos intitulado *El cubo y lo gris*, de la autoría de María Cristina Solaeche Galera, a quien conozco desde hace un buen tiempo y cuya amistad —la cual valoro sobremanera— fluye cual manantial, transparente, cristalina. Ella es hija del maestro Carlos de Solaeche, una leyenda de la ciudad por su impronta indeleble en la enseñanza de las artes y por sus creaciones pictóricas y escultóricas.

María Cristina Solaeche Galera además de ser una matemática y académica emérita de la Universidad del Zulia, es una inquieta escritora de oficio, cultiva la poesía con acierto, el ensayo y la biografía. Sobre todo este último género compartido por la historia y la literatura, para rescatar del olvido a una serie de escritores y poetas venezolanos, muy especialmente los nacidos en el Zulia o no zulianos pero cuya obra la realizaron en esta entidad del occidente del país. Desde luego que el aporte de María Cristina ha sido meritorio en este sentido.

El cubo y lo gris constituye un conjunto de cuentos o relatos, diez en total. Es el primer libro de cuentos publicados por la autora. El tema propuesto o el que prevalece en cada uno de los textos, es el tema de la muerte. Entiéndase muerte como la conclusión o cesación de la vida; convertida en asunto literario. En literatura la muerte producto de la realidad o de la ficción, sigue siendo la muerte. Con toda la incertidumbre y el horror que pueda encerrar. Todos los pueblos y las culturas del mundo con su diversidad de creencias, tienen una visión de la muerte y una manera de aceptarla y tratarla

diferente; algunos han llegado hasta declarar su inexistencia, que solo es el tránsito a otro plano existencial. La filosofía ha ahondado en ella sin éxito. Sartre decía que es un precipitarse en la nada, que en los vivos ocasiona una angustia existencial. Octavio Paz por su parte aseveraba que el hombre es "finito y no se repite"... y el poeta mexicano se hacía la pregunta ¿qué sabemos de la muerte? Nosotros diremos entonces, que es un viaje sin retorno.

La autora nos comentaba que cada uno de los cuentos que integran el presente libro, estaban basado en la realidad o en hechos reales. Pero ¿cuál realidad? La realidad misma es cuestionable, porque cuando desarrolla uno de estos relatos ya no dependen de la existencia o inexistencia del asunto que parte de la realidad. En este caso diríamos que forman parte de la realidad interior del autor, de su propia experiencia, de su intimidad intelectual, de sus angustias, de sus miedos. La muerte se revela como preocupación existencial para el autor, lúcidamente intuida y plasmada como irremediable final. Al respecto comparto con los lectores parte de una dedicatoria que me hizo el poeta Hesnor Rivera, con motivo de la publicación de su libro de poemas *Endechas del invisible* (1995), donde me expresaba su "deseo de que estas endechas le (me) muestre(n) algunas de las muchas vías que conducen a la derrota de la muerte con la magia de las palabras". Y en efecto, una de las maneras de vencer a la muerte es con la poesía, con las formas de escritura creativa y trascendente.

Los cuentos de *El cubo y lo gris* plantean una problemática en busca de soluciones que el autor va inventando y con resultados poco satisfactorios, con desenlaces trá-

gicos y poco felices. Puede ir de lo abstracto a lo concreto, de lo imaginativo a lo metafórico o poético, por la pasta de que está hecha la autora.

En el cuento Gilman y la parca, describe a la muerte que acecha como un ser monstruoso portando su guadaña. En literatura todo se convierte en ficción, en fingere, en fingimiento, mentira, engaño. El autor moldea la realidad, la distorsiona; pero es la visión occidental que tenemos de la parca.

El cuento que da título al libro, El cubo y lo gris, es el más realista y crudo. Se trata de una pareja de profesores universitarios, que llegan a un país sureño invitados por una universidad. Suponemos que ese país es de Latinoamérica regido por una dictadura cruel y sometido a las más absurdas restricciones. Sin haber transcurrido mucho tiempo de su llegada, fueron detenidos por la policía militar del régimen y sin mayores explicaciones. Ella fue encerrada en una celda con forma de cubo y en condiciones inhumanas, aislada del mundo, junto con una mujer. No supo más de su compañero y de otro llamado Javier, quienes después de ser torturados despiadadamente, son desaparecidos. El final de la historia es desconcertante y sin explicación. Un cuento indudablemente de buena factura, que puede suceder en cualquier pueblo de Latinoamérica amenazado todavía en el siglo XXI por las dictaduras. Tensión y distensión son cualidades de este cuento, como de algunos otros de este libro.

Otros cuentos que nos gustaría mencionar son La pesadilla, donde el personaje muere desde el interior de su sueño o pesadilla; y El hyleg de Melina, en él la muerte del personaje, de Melina, es decretado por designio de

El cubo y lo gris

la Carta Astral que le elaboró una astrologa.

Finalmente agradezco la oportunidad de compartir con los lectores las impresiones que me generó esta obra y felicitar a la autora por su excelente trabajo como narradora, en espera de otros libros del género.

Maracaibo, 12 de septiembre de 2017.

Jesús Ángel Parra

GILMAN Y LA PARCA

La muerte llama, uno a uno, a todos los hombres y a las mujeres todas, sin olvidarse de uno solo -¡Dios, que fatal memoria!- y los que por ahora vamos librando, saltando de bache en bache como mariposas o gacelas, jamás llegamos a creer que fuera con nosotros, algún día, su cruel designio.

Camilo José Cela

*Hay cementerios solos,
tumbas de huesos sin sonido,
el corazón pasando un túnel
oscuro, oscuro, oscuro,
como un naufragio hacia adentro nos morimos,
como ahogarnos en el corazón,
como irnos cayendo desde la piel del alma.*

Pablo Neruda

¿No sabes? El tamaño de tu muerte cabe en el puño de tu mano crispada. Tu vida empieza allí donde se mueva tu primer gusano.

Ángel Miguel Queremel

Gilman no sabía si estaba soñando una violenta pesadilla, o era la fiebre que le hacía alucinar.

El padecimiento está agazapado en su cuerpo; hace ya 21 meses que los médicos le han diagnosticado su terrible mal; el dolor, la fiebre intensa y las limitaciones son casi constantes.

Su compañera Adelle, duerme desde hace unos meses en el sofá de la sala para no importunarle, y vive siempre pendiente del mínimo gesto de él; ella, ha dispuesto con esmero la habitación de la mejor manera posible. Una cama de hospital alquilada con sus manubrios y su colchón antiescaras, la bombona de oxígeno, los medicamentos or-

denados meticulosamente, frescas flores blancas que son las que siempre le han agradado y con las que la enamoró, la televisión, un aparato de sonido con auriculares y la música que a él le agrada. Cambió las cortinas, estas son de un alegre colorido claro que dejan traslucir suavemente la tenaz luz del sol, y el aire acondicionado refresca deliciosamente la estancia. Dos veces al día lo visita el médico de cabecera con la consiguiente rutina, más sin esperanzas nuevas; y cada tres días, llegan sus dos hijas a entretenerlo con conversaciones, y ponerle al tanto del resto de la familia y amistades.

Gilman, enfermo, continuamente dolorido, acostado, casi inútil, se esfuerza en no caer en el desespero. Casi siempre callado, sonríe con esfuerzo a cada atención. Para su interior llora, llora desconsoladamente.

Se da cuenta, que sus oídos se están sensibilizando de una forma casi intolerable, se lo dijo al médico, éste le advirtió que era una de las consecuencias de su padecimiento; y de noche, cuando el silencio intenta dominar los ruidos de la calle, el mínimo bisbiseo le sobresalta los tímpanos.

Esa noche del miércoles 19 de agosto, alrededor de la 12:00, la barahúnda de ruidos por mínimos que sean lo agobian, tiene la fuerte sensación de que están encajados en sus oídos.

Algo hay esa noche en el ambiente que lo atemoriza. Empezó con un fuerte hedor a moho y un zumbido extraño; se encontró mirando fijamente en el borde inferior de su cama a un ser monstruoso, de descomunal altura desde el suelo al techo, con la cara diabólicamente humana, de encorvada espalda, con una mirada maligna en las oquedades herrumbosas de los ojos, con ropajes pardos que se agitan a un violento viento que Gilman no siente, con un

aspecto de malevolencia y regodeo, todo cercado por un vapor gris y viscoso y una voz mascullante y ensordecedora que le agujijonea los tímpanos.

Le parece que no camina, ni vuela, reptar, culebrea. Es una figura angulada de un color desconocido, con trozos orgánicos blancuzcos y glutinosos, y partes inorgánicas pétreas; una confusión de rugidos que lo acompañan retumba en su cerebro. Cada instante se acerca más hacia él con un repulsivo carcajeo y agitando amenazante una ciclópea guadaña amarillenta como un monstruoso colmillo.

A Gilman, los brazos, las piernas y el torso no le responden ni a un exiguo movimiento. Hacia él, avanza coléricamente el bestial ser enroscándose sibilante en sí mismo, en una danza macabra que amenaza pavorosamente a su macilento cuerpo. Unas garras descomunales le aferran la garganta, un ardor en la cara y, repugnantes tentáculos que se agitan aferrados a su enfermo organismo.

Fiebre, pesadilla, desvaríos, alucinaciones... ¿Qué sucede?

La maléfica luminosidad grisácea y pegajosa del ente, se chorrea con su miasma por la habitación, por las sábanas, por su maltrecho y fatigado cuerpo. Se le nubla la vista, se aferra desesperadamente de la balaustrada de la cama, su cabeza se incrusta aterrada hacia atrás en la almohada, quiere gritar, llamar a Adelle, ella no puede escucharlo, pues apenas un desesperado gorgoteo inaudible sale de su boca. Sus oídos cacofónicos oyen ahora un alarido triunfal, un espeluznante grito ensordecedor que hace estallar ante él un abismo oscuro y vacío, el que espera después de la muerte.

En su pánico, Gilman se da cuenta, que está allí el final de su vida, que se termina su existir, que no volverá a respi-

rar el mundo, que ni un soplo moverá sus labios, que su mirada le pertenecerá al vacío de la eternidad, a la más absoluta ausencia de todo.

Está allí, ella, la muerte, la Parca, llegó por él; al final cortó los hilos del telar de su vida con su afilado hocino.

En medio de chillidos atroces y repugnantes contorsiones, el monstruo, con la punta corva y afilada de la gigantesca guadaña, atraviesa la boca de Gilman.

Aquel jueves 20 de agosto, la muerte, La Parca, llegó por Gilman.

MARCINA Y EL ESPANTAPÁJAROS

*Los cantos desesperados son los más hermosos,
y los conozco inmortales, que son puras lágrimas*

Alfred Musset

*Hay una locura, hija de la desesperación,
a la que todo debe excusarse.*

Honoré de Balzac

*Casi todas las personas viven la vida
en una situación desesperada.*

Henry David Thoreau

Hoy mi mirada irá hacia atrás, al interior, al mundo del recuerdo.

Perdí un padre, los recuerdos lo envuelven en un espeso vaho de alcohol, después, se fue consumiendo lentamente mientras su ser se encogía en la humedad del licor, los fracasos y la enfermedad.

Perdí una madre, Marcina se llamaba, se secó despacio, como un charco a pleno sol y en ella se detienen hoy mis recuerdos.

Perdí un hogar, como el de los cuentos que en mi temprana infancia leí, con padre, madre, hermanos, hasta un florido jardincillo, la brisa y colorín colorado.

Ella, Marcina, perdió un intento de hogar, lo construyó tal vez con cenizas demasiado cercanas al viento, o con arena peligrosamente arrullada por el mar, y entre vientos y marejadas se hirieron mortalmente sus paredes, las levantó, se derrumbaron de nuevo, las intentó levantar, y en ese hacer y deshacer se perdieron las cenizas y la arena.

Su vida se asemejó a la de un espantapájaros, que una vez

construido, sabe que morirá poco a poco destrozado por los picotazos y hasta el último momento, adoptará una postura artificial más, es de paja y trapos, y lo atravesarán los picos atrevidos aunque a través de sus fibrosas entrañas vean el verdoso campo que espera.

Debió ser un lugar muy parecido a una inmensa playa, así lo narra mi madre; con la arena mostaza de picante colorido, las tropas kaki y el armamento gris yendo y viniendo de un lado a otro apresuradamente; ella, arrastrando sus hijos detrás de mi padre a través del griterío y de cuerpos mutilados que yacían en la playa; sabía que tenía que seguir al hombre suyo, seguir el surco inmediato de sus pesadas huellas en la arena, además, él no dejaría que lo llevaran al frente a destruir y ser destruido, y nosotros, corríamos tras ella agarrados fuertemente de las manos unos a otros, como eslabones de una misma cadena, zigzagueando.

Un día, como pájaros que emigran ansiosos, un golpe de suerte nos brindó la oportunidad de abandonar esa patria tan querida y tan asolada.

Lo recuerdo apenas, pero ella me lo revive más nítido; un viaje en el vapor "Deserade" nos lleva a otras tierras muy distantes donde no llega el eco de esa guerra. Me recostaba sobre la cubierta al anochecer, con los brazos y las piernas extendidos en todo lo que mi infantil cuerpo podía, miraba perpleja todo el firmamento, porque para mí era todo, y las estrellas me acompañaron indulgentes, esas noches de la larga travesía.

En el nuevo país, mi padre dijo que era como en efecto lo era, ingeniero metalúrgico, y logró trabajar en una fábrica metalúrgica; cuando llegaba en la noche, iba a la habitación donde yo dormía con mis otros dos hermanos, y me depositaba en las manos unos misteriosos balones de me-

tal tan pesados y brillantes que creía eran mágicos.

Me contaba mi madre Marcina, como vivió en su adolescencia en una especie de posada que llamaban conventillo, mientras sus dos hermanas mayores trabajaban en una peluquería. Para ellas, seguía siendo la cenicienta del cuento, el espantapájaros. A pesar de ser mucho menor, para poder ganar unas escasas monedas, la hacían fregar todos los enseres de la cocina con ceniza, que se pegostaba y le daban arcadas al unirse con el resto de la comida.

Los carnavales en esa nueva tierra a la que me trajeron mis padres, fueron tiempos felices para mí; desde que empezaba la tarde, me llevaba Marcina a la calesita, allí me dejaba totalmente sola durante horas, dando jolgoriosas vueltas y saltando en cada parada de un animalito a otro, hasta lograr que me sintiera como una princesa en un país encantado. Jamás supe que hacía mi madre durante esas horas, y no quise aún después, con el correr del tiempo y ya adulta, preguntárselo. Sé lo agobiada que vivía sacando a mi padre los fines de semana de las trifulcas de las tabernas, y su solada vida por el desamor envuelto entre miserias y el vaho del alcohol.

Ella, "religiosamente", cosía cada semana dos primorosos vestidos a cada cual más hermoso y siempre diferentes, para las jóvenes ricas de la "clase alta". Cuando lo hacía, parecía volcar obsesionada esperanzas en cada puntada. Marcina era una modista "manos de oro" como decían en su tierra; bordaba dragones serpenteantes, delicadas mariposas y atrevidas flores, todo ello en mostacilla, lentejuelas y canutillo. Venían a la mísera puerta en lujosos automóviles a buscar los trabajos, y ella siempre se sentía disminuida, con esa humillación servil que el rico sabe tan bien crear en el pobre y en los que de él depen-

den. Caía rendida día tras día cerca del amanecer; algo se había ayudado en lo material y también, logrado acallar las imprecaciones de mi padre que bajo la marejada del alcohol y los fracasos solía zaherirla. Parecía, que a través de los radiantes dragones, las revoltosas mariposas y las luminosas flores, la parasitaria pobreza no podía prostituir su ingenuidad; no tenía además de sus hijos, otras reservas afectivas a las que recurrir, se habían agotado hace tiempo, allá muy lejos, antes de embarcar en el "Deserade".

Algunas mariposas aman los viajes muy largos, en un tiempo más allá de sus propios tiempos; Marcina era la que llaman la "dama pintada", que en ir y venir de tierra en tierra, llega de nuevo al lugar de donde partió, con las alas destrozadas, sin el menor vestigio de color.

Lo cierto es, que el espantapájaros, después de demasiados picotazos, quedó reducido a retazos polvorientos de paja, semillas estériles y desvaídos colores; los restos se esparcieron, se había desencajado su tierno corazón, y no podía ya reunir los trozos en un solo sentir, era paja casi seca y desvencijada.

De un día para otro, empezaron los desvaríos, cada brizna de paja se esforzaba frenéticamente en una sola dirección, en un mortal intento de reunir el alma. Comenzaron las alucinaciones, ensoñaciones, miedos, gritos, el alma escapaba aún antes de la muerte. Anochecer, día soleado o nublado, todos eran iguales, la tierra giraba en sentido contrario. Se sumergía en visiones de gigantescas flores de colores intensos que caían en cascadas desde las paredes, en imágenes de los hijos amados que hace tiempo partieron a otras tierras, ellos la saludaban desde ciénagas espesas, sin embargo, sólo de verlos, una sonriente mueca aparecía en su ya distorsionado rostro; rechinantes ruedas

dentadas y doradas giraban vertiginosamente y se adentraban en sus entrañas destrozándola, banderas inmóviles a pesar de violentos vientos, ataúdes de tiernas maderas, canciones silbadas en el tiempo y amadas en su mundo, las páginas de un libro "El hombre que ríe", se deshojaban y el remolino que es su mente las arrugaba, cigarros armados con papel de periódicos viejos que ahora queman al espantapájaros y los pastizales en amenazantes llamadas, fétidos olores del vaho alcoholizado, miradas penetrantes, mitades de cuerpos desmembrados.

Algún día rodará, y no quedará atrás nada del muñeco de paja que con temeridad creyó podría enganchar los aleteos de las aves que crueles se agitaron durante toda su vida. Algún día repasará los vientos, se regocijará en los cielos cálidos, podrá dibujar la esperanza y revolotear libre en un contagioso cosquilleo que atravesará las melodías del hombre, en encantadas flautas indígenas, en las melodiosas cuerdas del blanco, y templará la cadencia negra en los tambores, recorrerá en caracolas las espumas y las selvas, el mundo todo. Mas, aún, las pesadillas, el amasijo de lo real y lo alucinado, la aciaga vida, el espantapájaros, todo se mezcla amorfo con los dioses impasibles. Todo comienza a desbordarse, todo atraviesa los linderos del tiempo dejando el desvelo atroz que zarandea el remolino que enrosca la vida y la muerte.

En un instante fuera del tiempo del vivir, en un lugar que escapa del espacio, en un aire pintado de sortilegios, en una pirotecnia de trastocados amarillos, místicos violetas, fulgentes azules, rojos, verdes y naranjas, lo que queda de su alma se pregunta:

¿Dónde están las aguas de seda? ¿Dónde las luces de encaje? ¿Dónde el Dios de los hombres buenos? ¿Dónde la

miel de las colmenas? ¿Dónde las oraciones de las tumbas? ¿Dónde los surcos para sembrar el cuerpo? ¿Dónde el crisol que espera por el bronce? ¿Dónde resuena el eco del alma? ¿Por qué tan desbastador silencio al lenguaje universal de la esperanza?

¡Vida! ¡cielos! le deben demasiado a Marcina y al espantapájaros. Le deben por siempre, la magia del amor, las puertas sin llaves, las noches frágiles, los Cristos compasivos, los cantos que socaven los silencios, el misterio del diálogo, la vendimia para el encuentro, los labios para el beso, el agite del corazón aventurero y sobre todo, aquello allende los horizontes de la tierra, la alquimia de la vida y la muerte.

Ya no tiene ser que acune la vida, ella llegó de tierras lejanas y la desesperanza la persiguió como una gélida crisálida, como una larva, como una ninfa engañosa. Murió entre los riscos del desvarío adheridos a su cuerpo, imaginándose entre espejos mágicos que le develarían el secreto eterno que agobia el alma, y entre cortantes imágenes borrosas y fragmentadas, la muerte se adueñó de su ser y dio su acostumbrado giro violento, trágico y sobrecogedor en Marcina y el espantapájaros.

LOS «CUATRO»

¿Cómo los seres que hemos amado tanto pueden desaparecer de este modo tan rápido y brutal? ¿No habrá nada fijo, inmovible, en el mundo de nuestros amores y de nuestras predilecciones?

Azorín

Porque no quiero morirme, pero ya no tengo ganas de vivir
Fernando Savater

Vive en un pequeño apartamento, en compañía del recuerdo de su compañera de vida, con su gato célibe, una exuberante malanga y los «cuatro».

El pelo canoso y escaso en la frente, es lo que queda de una cabellera negra y abundante. Delgado, muy delgado, la mayoría de los hombres de su edad lo eran, aunque él había sido de cierta corpulencia, sin embargo, se decía para sí mismo, que ahora tenía más huesos por fuera que por dentro. Las venas inadvertidamente crean azulados surcos en la piel, está pálido, y aún conserva sus hermosas cejas pobladas. Camina con un leve movimiento de balanceo, su semblante ojeroso, con las sombras que los «cuatro» han pincelado en su rostro.

Sus dos hijos, ausentes, a enormes distancias, diseminados en otras tierras, se han desentendido de la "carga fatal" que representa.

Sin preocupaciones económicas más allá de las cotidianas, pues el monto de la jubilación le alcanza sin sobrar nada, para vivir tan sencillamente como lo hace.

La compañera de vida, está hermosa, inquieta como siempre, con sus zarcillos dorados y su tentadora mirada melancólica de avellana; él, desecha todo pensamiento que le

traiga imágenes amargas de ella y su final, la recuerda con amorosa delicadeza, reviviéndola cada día.

La malanga, hermosa planta tropical que ella plantó en un matero de la sala y él riega con esmero, se apropió de toda la pared que la circunda, subió enredándose en el marco del cuadro y en una decoración peruana, con sus hojas y tallos, verdes y descarados. Él nunca la ve moverse, ni lo más mínimo, pero ella a hurtadillas, lo hace lentamente, jactada de su hermosura y del afecto que le prodigan.

Desde hace un tiempo, conversa en voz baja y grave consigo mismo, con el recuerdo de su compañera, con Maltus, con la malanga, con sus propios pasos y ásperamente en tono violento, con los «cuatro».

La vejez lo consume poco a poco, invasiva, sin permiso destruye día a día, instante a instante, su organismo, y así como va manifestándose, tal parece, que dejará al cerebro como último bocado de su festín. Mientras más viejos somos, más problemas de salud y de otras índoles se amontonan.

Espera pacientemente a que amanezca, aún el sol es tímido como todas las mañanas tempranas. Planea sus "acciones" para ese día: no saldrá del apartamento, le atemoriza el frenético exterior de la ciudad que antes lo cautivó. Y no quiere, mejor dicho, aborrece, que se den cuenta de su letal y progresivo desgaste, siempre acompañado de falsas y necias frases como: "¡Qué bien te ves!", "Estás igualito", entre otras, y la que lo saca de quicio "El tiempo parece que por ti no pasa" que le hace recordar una expresión que leyó en un libro de Historia y que no era discutible.

"El tiempo disuelve cruelmente la identidad de los hombres, la transforma o la desaparece"

Maltus, el gato célibe, lo sigue siempre en absoluto silencio. Desayuna con él y se arrebuj a su lado en el sofá, cuando su "amo" decide que va a leer o ver la televisión. Ya no ronronea, también es viejo, se limita a verlo con escrutadora y parsimoniosa mirada felina. Alguno de los dos se irá primero. ¿A dónde?, a ningún lado, o digamos, a una insoportable eternidad de eternidades colmada de nada. Tal pareciera que ya es inútil todo, los años han ido pasando, las energías se perdieron, la muerte que nos ha de tragar está delineándose, y serán vanos y estériles los esfuerzos por alejarnos de ella; nadie sabe lo que va a sucedernos, con certeza absoluta una sola cosa, moriremos.

Se levanta despacio, pesadamente a pesar de su delgadez, disimulando para sí mismo. Se dirige al escritorio, prende la computadora...la apaga, hastiado de lo mismo. Mira en derredor, todo atiborrado de libros, papeles, cuartillas, fotografías, tarjetas, cartas y un calendario que pretende estúpidamente controlar el tiempo, y recuerda la frase de su tan amado padre:

"No acumules nada, mira que todo lo que existe, en definitiva, es una cruel mentira que se desvanece con la muerte"

Almuerza frugalmente, nunca tiene apetito al mediodía, mejor dicho, a ninguna hora, cada día come menos, el cuerpo le reclama menos. Ni pensar en una siesta, los «cuatro» no se lo permitirían. Desanda sus pasos, regresa al sofá cómplice de su vida diurna. Terminó el libro que leyó en la mañana "La ciudad y los herejes", de un escritor venezolano, relatos sobre su Maracaibo que atrapan al lector; se recuesta con un nuevo libro que toma al azar de su rica biblioteca "Lugar común la muerte" de un escritor argentino.

Se asoma al ventanal, contempla la calle, las casas tan ba-

jitas, desteñidas en sus colores, y alguno que otro árbol empecinado en ostentar su follaje. Llega el atardecer, un chubasco surge amenazador en el cielo. Piensa que traerá frescura a las plantas que la ciudad indiferente contempla, a las hojas asfixiadas por el polvo y la falta de riego, además, lavará los techos de las casas que desde su octavo piso divisa colmados de basuras como si fueran sitios de reciclaje de residuos. Y por encima de todo, el sonar de la lluvia, ese sonar le encanta, siempre le fascinó, desde niño, allá en la calle Vargas, la calle de su infancia, en pleno centro de Maracaibo.

Nunca fue excéntrico ni rebelde, en estos momentos como le hubiera gustado haberlo sido. Trabajó 32 años como profesor universitario de la Historia de su país en una universidad pública, en su patria Venezuela; se esmeró en el desarrollo de cada tema y lograr el entender del alumnado, a sabiendas, de la fantasía aglomerada en falsos recuerdos repetidos sin cesar en las cronologías, de la soberbia, la indulgencia, las justificaciones absurdas y la violencia desmedida que cobija la historia. Claro que los logros dignos, la valentía, y el sufrimiento de los hombres y mujeres la resarcen con creces.

Recuerda un sueño de una de esas noches benefactoras que logró dormir alrededor de casi una hora: alguien desconocido le regalaba una cadena para el cuello de la que pendía una piedra brillante de color verde limón con la forma y tamaño de un trompo. El desconocido le dice que se la cuelgue al cuello y frote la piedra rotándola entre las palmas de las manos y así, logrará traer a la vida de nuevo al ser que su corazón más extrañe, pero no se la puede engañar. Se la cuelga al cuello y con sus huesudas y venosas manos, la hace girar, pensando en un torbellino de seres

queridos. Recostada en un sillón, aparece su compañera, la de los ojos de mirada melancólica y color de avellana y... despertó.

Es un hombre muy triste, muy solo, muy enfermo, muy anciano. Rumia el sueño que recordó y atesoro en su memoria. Decían que los sueños para que no se cumplieran, había que escribirlos. Una estupidez sin sentido, de todas maneras jamás lo escribiría.

Bosteza, rara vez lo hace, muy rara vez.

Atormentado, no quiere imaginar el día de mañana, otro igual, y lo que es muchísimo peor aún, otra infernal noche con los «cuatro» siempre unidos, harto de la tenacidad y la crueldad con que asaltan su cuerpo y su mente, no cree soportar más la zozobra, el miedo que se está volviendo terror; mas "tiene" que acostarse y cumplir con el rito de "intentar dormir", como si eso le fuera posible cuando los «cuatro» se apoderan de él y de la habitación. Se precipita poco a poco, como en una pesadilla en la que cae por un acantilado, el equilibrio se pierde o se lo arrebatan. No podrá librarse esta noche tampoco, como las infinitas otras noches que intentó dormir.

Durante meses y meses, ha cumplido con las normas que el médico le recomendó: apagar la luz, no realizar ninguna actividad previa (imagina que esta indicación se refiere solamente a las actividades físicas y no a las de la mente ya que éstas últimas no pueden programarse y mucho menos evitarse), nada de lecturas ni televisión en el cuarto, las cortinas echadas. Está harto de cumplir todas esas medidas con exactitud y sin resultado alguno; y, cuando se atrevió a hablarle al doctor sobre los «cuatro», éste, se limitó a recetarle fuertes analgésicos que de nada le valieron y dosis "adecuadas" de psicofármacos, que adquirió ense-

guida. De nada valieron ni los analgésicos ni los hipnóticos. Cada vez que iba a la consulta, retiraba el récipe y oía al médico con desgano. Sólo se toma los analgésicos, por costumbre nada más, a pesar de haberse vuelto totalmente inútiles. Se da cuenta, que los soporíferos le producen un temblor que llega a ser casi incapacitante, además de que no le resultan para nada, por lo que deja de tomarlos.

La habitación está en una aparente deliciosa tranquilidad y en penumbras, el suave resplandor nocturno se escondió al cerrar la cortina, sin televisión, sin libros a su alcance; sin embargo, la corriente turbulenta de un pensamiento que, ya rumiaba desde hace un tiempo, se agolpa desbordada en su mente. Una lucha, una porfía entre él, débil y los «cuatro», tan fuertes, que con brío se apoderan de la habitación y de él.

La noche siempre intensifica y vigoriza al grupo de los «cuatro». Se cuelan furtivamente en la habitación. ¿Desvíos de la realidad? No, ellos están allí en su dormitorio, se meten escurridizos entre las sábanas, agarrotan sus huesos, arrugan sus órganos, estremecen los años vividos y persisten destructores en su tenacidad y aislamiento. Para él ya no hay otra realidad más allá, al margen de los «cuatro». Chasquea fuertemente agitando los dedos obligándolos a callar, inútil, todo es inútil. Los increpa en voz alta, "ya está bueno", "qué ganan con atormentar a este hombre tan solo, tan enfermo y tan viejo", "quién los envió, ¿acaso la cara oscura de un dios?"

El pensamiento en esos momentos, habla un dialecto confuso de imágenes que ya conoce muy bien y le ha acompañado insistente esta última parte de su vida. El viento final de la muerte se agitará un día, mejor una noche, hasta destruir todo. De todas formas, a nadie interesa su

vida y menos su muerte. De repente, la fuerte sensación de haber "tocado fondo" lo sosiega. Sabe, ahora con determinada certeza, que los «cuatro», cuando no compartan su cuerpo, sobrevivirán feroces en otros seres, pero al menos, el de él ya no, descansará... descansará. Siente lo tantas veces pensado y esa noche tan enérgicamente, es la única escapatoria. Ya ha ensayado diferentes formas de atacarlos y ninguna le valió.

Hace meses, le había dejado a los vecinos de enfrente que conoce desde hace tantos años, copia de las llaves de su apartamento y un escrito: "Si no los llamó como siempre lo hago, al anochecer, abran el apartamento. Donde les indiqué encontrarán los papeles para el entierro. Ya está todo cancelado, no tendrán que preocuparse. Seré cremado. Y mis cenizas, ruego sean lanzadas al lago de Maracaibo".

Una sobredosis muy alta de los psicofármacos acumulados, acabará con los «cuatro» se dice para sí mismo. Sabe que la muerte es muy puntual y no le fallará a sabiendas que la llama por adelantado. Y decide con un ademán hasta sorpresivo para él, ingerir una cantidad fatal para la vida, tomará por sorpresa a los «cuatro».

Violentemente, con enloquecido frenesí, los «cuatro» al darse cuenta, se arrojan sobre él, estrujan su vejez en cada arruga, aíslan mortalmente su ser, ennegrecen más aún la alcoba. Repentinamente, en su cuerpo se van dibujando negras espirales, se torna áspera la lengua, se reseca totalmente la voz, mengua la respiración, siente las angustiosas palpitaciones en la garganta, está muriendo...

Y los «cuatro»: insomnio, dolor, soledad y vejez, se alejan despacio hasta desaparecer, atormentarán otro desvalido ser. Y ¿el horizonte? ¿dónde se encuentra? Ya no existe el horizonte.

El cubo y lo gris

Lo logró, les ganó la batalla. En la eterna eternidad no existe nada de nada, ni los «cuatro».

LA CASA Y ELLA

"Ella" vive, cree que vive, diariamente respira, come muy poco, duerme, y limpia frenéticamente sin descanso la "Casa" que reclama en sus orgullosos techos altos la presencia de alguna telaraña, en sus ventanas la opacidad de los vidrios exigen la transparencia, que se acallen los chirridos de las bisagras gritan las numerosas puertas, los suelos con sus reclamantes baldosas se empecinan en no registrar huellas, los escandalosos ruidos de trastes en la cocina no se acallan, la ropa abatida de manchas y rugosa se agita en el cesto y todo lo demás, que es demasiado para "Ella" y escaso para su espíritu.

La mujer madruga ese día, antes que el sol y los gallos despierten, sólo "Ella" anda y desanda, nadie aún sacude sus sueños, ni la "Casa"; dormitan todos indiferentes. Los nacientes rayos del sol recatados iluminan la melancolía con la que amanece. Y algo muy suyo se queda entre las cenizas de los sueños.

Comienza el trajinar del día, el mismo de siempre, monótono, agobiante, cansador, hastiante, quedando reducidas ambas, la "Casa" y "Ella" a una misma masa amorfa. Retoma los aparejos, los mismos del día anterior, los de siempre, los de casi toda su vida: trapos, escoba, lampazo, jabón. La "Casa" espera, y es para "Ella" acuciante esa espera.

Comienza la danza del desgaste corporal y de la ausencia de la mujer, los pensamientos estremecen el destino.

Hace tanto, tanto tiempo que su cuerpo no repica ante las caricias, olvidó los estremecimientos del placer, la piel se reseca cual zarza en el desierto, resiente la soledad del amor mientras su compañero duerme tras varias paredes, impasible, ajeno a todo.

Soñoliento el día no promete nada nuevo, contará la misma historia acompañada apenas por el ritmo de la destructiva cotidianidad "doméstica".

Las lecturas ausentes, los libros solitarios, años hace que no se abanicen sus páginas, reciben resignados tras larga indiferencia los golpeteos del trazo de la limpieza que sacude el polvo enquistado en cada letra de sus lomos; anhelan ser leídos, que recorran sus letras, cada palabra impresa colmada de expresiones que generosos regalan ciertos sentidos a la vida. Están siempre solos, en fila india sobre las baldas del seibó.

La música acallada mortalmente, en silencio, enmudecida también hace tanto tiempo... imposibilitada de armonizar con sus bemoles y sostenidos el pentagrama, permanece inerte dejándose amodorrar por los monótonos acordes del tiempo alcahuete que se desgasta.

Que decir sobre las ciencias, nunca asomaron sus curiosidades y ansias de conocimiento a la vida de "Ella", totalmente ajena a los milagros de las tierras y los cielos.

La cocina con sus ruidosos y altisonantes chasquidos de cacharros irritaría cualquier oído, sin embargo, forman parte sonora del fondo musical distorsionado del quehacer culinario.

Las fotografías en blanco y negro (no hay en sepia, hermoso difumino que rememora sugestivamente el pasado que el tiempo se encargó de destruir), muestran rostros queridos de tres generaciones, enmarcados prolijamente y dispuestos con esmero, atrapan expresiones, unas de seres que la muerte se apropió, otras de hijos que partieron, o de una juventud propia aún recordada, añoranzas, en eso quedó todo.

El añoso mango del patio con su rugoso tronco y espeso follaje, disputa en su copa sus coloridos y deliciosos frutos con los roedores que nerviosos y agitados acechan la fruta. "Ella" cuando caen con estrépito, los recoge cariñosamente, los limpia y guarda con celo, mientras la sombra del árbol explaya sobre el suelo una refrescante y acogedora sombra.

Los escasísimos ratos de "ocio" que la "Casa" le concede, se los regala a los recuerdos tempranos que los hijos tallaron en la memoria de su maternal corazón, deslizándose como cuentas de rosario uno tras otro.

Al final del día, se ocultan los naranjas del ocaso. Retadora y tenazmente romántica, la luna se empeña en escudriñar a través de los perfiles de las rejas cuyas sombras bailan al vaivén de la brisa nocturna y fracasa en el intento, no hay picardías amorosas que atisbar, ni siquiera puede hacer crujir las penumbras de las habitaciones que permanecen estáticas, cada una atrapada en silencios abrumadores y mezquinas distancias que el tiempo del desamor impuso... la luna terca, vela los rostros de ambos por separado, no alcanza a cromar con sus halos plateados y silenciosa así como apareció se oculta en el ennegrecido cielo. Fracaso en sus intentos, de nada sirvió su luz danzarina, sus luminosos reflejos, de nada, no puede atravesar los cuerpos, ni platear la sensualidad sepultada día tras día. Crispa su luminosidad y deja su tarea al frenético sol del nuevo día.

Cuando los cielos oscurecen y la noche cariñosa la espera para aliviarle el cansancio, "Ella" recuesta el desgastado cuerpo que muestra ya resignado, los asomos de los huesos, los azulados y retorcidos caminos venosos y un anguloso rostro demarcado por la delgadez, que se empeña cruelmente en hacer presente con inhumano descaro en

sus imágenes el premonitorio desgaste del ser.

Todo en la "Casa" conspira contra "Ella", con pálida indiferencia e impasible desidia, muestra imperiosa día tras día, mes tras mes, sus descascaradas paredes y el quehacer abrumadamente cotidiano, sin devolver sentido alguno al mundo. El derrumbamiento constante, repetido, sacude y trastorna una vez más. "Ella" se pregunta pocas veces por qué le estaría sucediendo esto y un suspiro resignado la invade.

El corredor la ve pasar todos los días como una pálida sombra que se desintegra a cada paso que da, y las voces muy lejanas de la soledad invaden como ráfagas invisibles la "Casa".

Finaliza el día de "Ella", nada novedoso espera mañana, ni pasado, ni en una semana, ni en meses...ni en años... agónicamente iguales, eslabones de una misma cadena de condenas, nada hermoso alterará el tiempo de la "Casa" que acogerá engañosa a su dueña una vez más, igual que ayer, hoy, después, siempre ululando sus encarceladoras sombras.

DESINTEGRACIÓN

*Solo trajinamos el tiempo de estar vivos entre el viento y el relámpago;
el tiempo en que tu cuerpo gira con el mundo, lo nuestro.*

Eugenio Montejó

*La vejez es la cosa más inesperada de todas las que le
suceden al hombre.*

León Trotsky

*Como un mar, alrededor de la soleada isla de la vida,
la muerte canta noche y día su canción sin fin.*

Rabindranath Tagore

Todo es morir; y acabóse la obra.

Miguel de Cervantes

Creí que no me pasaría nunca, a cualquier otro, pero a mí no; eso pensaba tercamente a medida que los años sucedían. No ha sido así.

Seis de la mañana. Amanece marzo. Despierto de un terco insomnio, si es que de una noche en vigilia puede despertarse; aún cansado, con el cansancio del tiempo.

Una luz vaga penetra en el dormitorio; no me acostumbro a ver el surco vacío en su almohada, ella solía dormir tan placidamente con la sábana hasta las mejillas, me maravillaban sus párpados orillados por las sombras de las pestañas. ¡La extraño tanto! Si viviera, entre los dos nos sostendríamos.

El apartamento envejece rodeado de olvidos. Retiro la cortina y me asomo a la ventana, miro hacia fuera, las horas del amanecer son siempre generosas; parecieran traer un regalo, la esperanza; el barrio está aún silencioso, ya avivará con la algarabía de su trajinar diario y no tardará en sofocar la calle un sol regocijado y palpitante.

Innegable, soy un anciano, los dolores crónicos son obstinados y asaltan antojadizamente, hoy, ayer, luego, egoístas, intempestivos. Cabeza, ojos, estómago, garganta, rodillas: el cuerpo-todo se les antoja y lo reptan descaradamente. Siento frenéticos latidos que repercuten en mi interior, mi carne es una gavilla de dolencias.

Miro mis pies anclados en el piso, ¿iniciarán el recuento de las dolencias, o será la cabellera ya rala quien la inicie? da igual, de abajo hacia arriba, de arriba hacia abajo, el cuerpo contará su historia aunque me empecine en no escucharlo.

Desde ayer, no sé el porqué, comencé a hacer un inventario de las cicatrices que el vivir va dejando en mi organismo, rara vez pensé en ellas y sin embargo, ahora las detallo maniáticamente: la espalda se socava lentamente, día a día bajo el peso de la vida, dejando en su inclinación un crónico dolor; las líneas cárdenas e irregulares de las venas, son frenéticas sinuosidades retorcidas que cubren el dorso de mis manos; las desiguales arrugas, diariamente sobresalen y se afincan más desfigurando el rostro; la tos, esa terca tos que sobre todo de noche asalta interrumpiendo al insomnio, al tenaz e indomable insomnio; la matadura en la ceja izquierda, recuerdo de la niñez cuando intrépidamente intentaba saltar los escalones de dos en dos, se ha transformado en una marca más pálida y más profunda, y la de la barbilla intentando competir con la otra no recuerda su pasado. Los párpados son ahora flácidos y pesados, y sus bolsas caen como plomo notoriamente con un tonillo grisáceo. Los pasos se empequeñecieron, son cansinos, indecisos, cautelosos, un pie delante, otro atrás, en un tambaleante e inseguro ritmo; una caída auguraría un catastrófico final, más ruinoso, más trágico y más nefasto del que ya nos reserva la acechante, grotesca y despiadada

muerte. Poco a poco, lentamente, asolándome, la desintegración va devorando mi carácter alegre, hunde, aplasta mis hombros que también languidecen.

Estoy convirtiéndome en un amasijo de decadencia, la vejez cómplice del final, me muerde, me mastica, me engulle; devora día a día meticulosamente todo aquello que represente vitalidad. Algo se está apropiando pesada, parsimónica y furtivamente de mi cuerpo; en poco tiempo, mi organismo será una piltrafa. La vida es caprichosa y la muerte más aún.

Me encojo de hombros desdeñosamente y digo para mí mismo, que toda la vida es fortuita, salvo, por el hecho del momento en que tocará su final, y ese sí no es azaroso.

Tras años sin visitar un médico, decidí hace poco hacerme un chequeo general para ver si lograba espantar alguno de estos achaques. Nada visible y grave revelaron la placa de tórax, los exámenes de sangre, ni los cardíacos, ningún estrago peligroso hicieron mis hábitos de vida. Tanta alharaca publicitaria sobre la salud, con los preceptos de la nutrición y el sano vivir, que si el azúcar, las carnes, el alcohol, el tabaco, las trasnochadas, todo exceso, lo que sí, lo que no, o lo que sea, todos los placeres que supuestamente acabarían minando mi organismo más rápido; las prohibiciones que me proporcionarían una vida saludable y una sarta de suposiciones más. Simplemente, mi organismo se derrumba, se deteriora, hasta que deje de funcionar, es así, desde que nacemos llevamos en nuestro interior la desintegración. Sin embargo, las palabras impasibles y lenitivas del médico fueron: "Usted está sano, salvo algunos padecimientos que ya son crónicos y propios de la edad"; con ese dictamen regresé a mi cuerpo de nuevo.

Desde los dieciocho años conduzco, tenía automóvil pro-

pio. Lo hacía con pericia y una muy fuerte confianza en mi mismo, sin accidente alguno en el historial salvo dos rayones sin importancia, desenvolviéndome muy bien en todo tipo de tráfico. Tuve que vender mi automóvil hace unos años, los reflejos me traicionaban, el volante se volvió desobediente a mis pretensiones, es decir, yo, no el auto, estaba viejo para manejar y tenía que admitirlo.

Hoy, analizando maniáticamente mi fisiología, me doy notoria cuenta, que camino ayudado de un bastón que se ha vuelto una tercera pierna y así, logro afincar mejor mis adoloridas articulaciones; advierto que mis huesos se masillan; que a medida que pasan los días cada músculo se va atrofiando; que el tic que me hacía fruncir los labios ligeramente hacia la izquierda como insinuando una sonrisa picaresca, se ha transformado en una mueca ridícula; que mis lentes aumentan rápidamente sus dioptrías y la afección de la sequedad casi desértica de los ojos parece inmovilizarlos; que subo escaleras con dificultad y bajarlas es un tormento; que me faltan muelas, y tengo que rumiar la comida.

A pesar de este descalabro físico, de estos estragos, no quiero morirme. No he regalado los numerosos libros que no tendré tiempo para leer, y no he decidido el destino de mi viejo amigo, mi también achacoso y querendón perro. Sé que la muerte habita dentro de uno desde el nacimiento y sin embargo, no hay manera que me convenza de congraciarme con ella llegado el momento, y mucho menos mientras ella, astuta, me emboscando.

Algunos recuerdos me extrañan, tan ajenos al hoy, que es desconcertante conciliarlos con el organismo que soy: mi cuerpo trajinando feliz y con donaire en la ciudad, subiendo y bajando las escaleras rápidamente, asoleándome o

nadando en la playa, dormitando en el sofá, saltando bajo la lluvia, viajando, amando, trabajando, bebiendo, fumando, llorando, riendo, mi cuerpo yendo en autobuses, instalado en cines o teatros, mi cuerpo, así lo tengo retenido en mi memoria ¿cómo intentar arrumar esos recuerdos en el ático de los olvidos? Son todos mi vida, son lo que soy mientras rebusco en el alhajero de mi memoria.

¡Vaya! me repito, no quiero morir, “una verdad de perogrullo”, ni siquiera he realizado ningún trámite, ningún paso sobre mi cremación y demás; amigos que me rodean, ya tienen sus tumbas en un afán iluso de perdurar, en un cementerio que en solitario y con insistencia, finalizará con esmero la rancia tarea de la desintegración, escondido en la carcoma del olvido.

Dejé claro a quien ceder mi biblioteca; la colección de figuras de mariposas, la que me quedó de ella, mi compañera, será para una hermosa nieta de belleza etérea, con ella seguirá su destino; los grabados, a mi nieto mayor que siempre demostró interés por las artes plásticas y la fotografía... mis recuerdos, los míos, desaparecerán conmigo.

La desintegración de mi cuerpo me convence totalmente, del absurdo de una resurrección.

Siete y diez de la mañana. Tomo conciencia de mi excéntrico monólogo. Cierro los ojos y demando imperiosamente que mi cuerpo, aquel que tenía años atrás y que sólo me pertenece a mí, me sea devuelto. Inútil, él se empecina en arrastrarse hasta la orilla de la muerte.

Afuera el bullicio matinal, tras los vidrios de la ventana, sigo desintegrándome.

LA PESADILLA

*Lo peor de todo era, que las iglesias
siempre le hacían pensar en los tormentos del infierno
y a él le aterraba el infierno.*

Ken Follet.

*La primera vez que la Deidad descendió a la tierra,
trajo la vida y la muerte; cuando vino
la segunda vez trajo el infierno.*

Mark Twain

*A esta generación y a muchas otras,
se les ha hecho creer que el diablo era un mito,
una figura, una idea, la idea del mal.
¡pero el diablo existe y nosotros debemos combatir contra él!
¡Lo dice San Pablo, no lo digo yo!
¡Lo dice la Palabra de Dios!*

Papa Francisco.

*¿Quién dice que los sueños y las pesadillas
no son tan reales como el aquí y el ahora?*

John Lennon.

Un trueno repentino ronca en la noche, rompe el silencio, las nubes se tornan en alas cenicientas y el relámpago compañero parte el cielo en dos. Una claridad se difunde por todo el escritorio. Se barrunta un aguacero.

Malka, la añosa y acicalada gata persa de ojos rasgados y un azul intenso, dormita sosegadamente en el floreado cojín a su lado.

Es más de la media noche y en la mañana temprano, a las nueve, dictará una conferencia. El argumento es sobre un polémico personaje, El Demonio, y así se titula la charla, será un recuento de la historia de Satán, Belcebú, Moloch, Iblis, Mara, Diablo, Lucifer, Belial, los tantos diferentes nombres con los que se le conoce, y su protagonismo en

la historia de las religiones y los seres humanos: hará hincapié en el Satán del infierno católico de Dante Alighieri; con esa idea piensa finalizar la disertación.

Para ello, Ignacio ha estudiado exhaustivamente el tema; se remontó a los abismos de los Inframundos, al Duat egipcio, al Averno y el Tártaro griegos, al Gehena del judaísmo, el Naraka del budismo, el Infierno del catolicismo, el Diyu de la mitología china, una lista casi interminable de lugares, que las diferentes religiones crean para atormentar eternamente a los humanos que murieron y en vida no cumplieron con las creencias y los dogmas que esas religiones les impusieron con una saña, con una ferocidad, con una crueldad que no podemos decir inconcebibles, pues fueron fraguadas para aterrorizar con la idea del pecado y del castigo. Inframundos que aterran, que estremecen el cuerpo y el pensamiento, sin tregua alguna por los siglos de los siglos.

Soñoliento, estira sus piernas, le parece oír el crujir de las articulaciones de las rodillas; cierra la carpeta con el material sobre el que ha trabajado con ahínco varios días. Cansado, pero entusiasmado, se incorpora, acaricia a Malka, apaga la luz y se dirige a su habitación.

Entra en silencio, un mimoso beso a su mujer aparta suavemente un rizo de su cara, no quiere que Amelia despierte. Ella, también tiene que dar clases ese lunes.

Apenas se acuesta, transcurren unos veinte minutos y ya duerme profundamente.

Sueña, Ignacio, sueña que un engendro, un ser monstruoso, gigantesco, de ojos plumizos y dilatados lo mira a través de todo un horripilante cuerpo y desde ellos pululan sabandijas, con orejas grises y correosas, múltiples brazos

que se alargan en una miríada de ventosos tentáculos, numerosas lenguas verdes y babosas de camaleón gigantesco que se agitan saliendo y entrando de sus fauces, alas de pterodáctilo, aliento fétido y una piel rugosa, y escamas color ocre ceniciento.

El engendro trinca por el cuello a Ignacio, lo sacude con descomunal fuerza, lo desbarranca por despeñaderos sin fondo de cortantes rocas calcinadas al rojo vivo, que desgarran su piel y esparcen sus vísceras y se retraen de nuevo en su vientre; velozmente, su ensangrentado cuerpo es hundido en un fango hediondo y ardiente, donde los huesos se desintegran y reintegran de nuevo, para después, ser arrojado a un lago de fuego en el que arden y vuelven arder sus entrañas, mientras los vapores oscuros y pestilentes, se convierten en sombras de enjambres viscosos de alimañas que despellejan indefinidamente su rostro. Son tormentos que destrozan, desollan, desgarran, carbonizan y envenenan una y otra vez, su humanidad, en un tiempo eviterno en la nada de la existencia.

Suena la alarma del reloj del celular. Amelia despierta animosa. Sabe que Ignacio se acostó tarde y dejará que duerma media hora más; mientras, preparará un rico desayuno, unas tazas de chocolate fumante que a ambos les gustan tanto por la mañana.

Regresa a la habitación a despertar a Ignacio, se acerca a la cama y lo besa en la mejilla. Espantada, siente un rostro helado, paralizado, contorsionado en una mueca de terror. Retira la cobija y con horror ve que todo el cuerpo de Ignacio está engarrotado, retorcido, contraído en gestos atormentados. No respira, no hay pulso. Angustiada llama a su vecina, a los servicios urgencias, a la familia; llora y se desespera.

Llega el médico, revisa el cuerpo, confirma su muerte. Un paro cardíaco durante el sueño. "Algo lo conmocionó demasiado, quizás un sueño muy violento" afirma el galeno.

Una pesadilla terrorífica y muy vívida acabó con su vida.

Nadie tendrá idea de lo que Ignacio soñó esa noche.

EL CUBO Y EL GRIS

"Cuando tú eres, la muerte no es; cuando la muerte es, tú ya no eres"
Epicuro

"El día del nacimiento es el mismo de la muerte"
Basavanna

"Y todo enajenado podrá el cuerpo descansar quieto, muerto ya"
Pedro Salinas

"Cualquier hombre que llora tiene mis lágrimas"
Eugenio Montejó

Agosto, 1977. Tengo veintiocho años, soy una mujer hermosa, y en mi interior llevo la flama capaz de encender mi vida.

Mi amado compañero y yo, llegamos entusiasmados en un autobús grande, en un viaje largo, desde la capital de un país a una ciudad universitaria al sur, buscando trabajo como lo que somos, profesores universitarios. Nos alojamos en una posada sencilla y, después de acomodar los bolsos de viaje, guardamos muy bien en cada uno los pasaportes, sabíamos de la dramática situación dictatorial de ese país sureño. Preguntamos al de recepción si quedaba cerca de allí algún lugar donde comer y estirar las piernas. Nos dice, que a partir de las seis de la tarde está prohibido abrir cualquier negocio, pero a dos cuadras hay una plaza muy bonita. A ella nos dirigimos. Son las siete y cinco de la noche.

Estamos agotados del viaje, nos sentamos en un banco de barrocas formas forjadas en hierro, es una plaza acogedora pero muy fría, se inicia el mes de Agosto y es crudo el invierno en esa región.

No ha transcurrido media hora, cuando repentinamente, desde atrás del banco, vociferando las sirenas suben hasta el medio de la plaza frente a nosotros, dos autos de la policía militar. De cada uno salen los copilotos y entre los dos, nos colocan sobre la carrocería de una de las patrullas militares con las manos arriba y las piernas separadas a todo lo que dan, sin encontrarnos nada claro está. Suben a mi pareja a uno de los carros y a mí al otro.

Él, entra en la patrulla que está de primera, lentamente volteando la cabeza y me regala todo su amor en una mirada transparente, azul de mar en calma. El automóvil militar que lo lleva se desvía y toma otra ruta. Se me agrieta el miedo en el cuerpo. No imaginaba, que nunca lo volvería a ver. Aún, muchos años después, me desgarran este pensamiento.

En el interior del automóvil en que voy, está una mujer de mediana edad, de aspecto y ademanes vulgares. Total silencio. Avanzamos, se detiene con un brusco frenazo y el copiloto señala a un hombre delgado, con barba y melena negrísimas, que camina presuroso por la acera de la izquierda "Ése, deténlo", así lo hacen, lo suben al auto en el que estamos, se llama Javier, le dijo al milico. El miedo se enquistaba.

La patrulla se detiene frente a una casa aparentemente vacía, igual que la fantasmal urbanización que la rodea, son casas-quintas con jardines bien cuidados, bien pintadas y sin señal de deterioro alguno, pero tampoco de vida.

Me introducen por un pasillo con mi compañera, a gritos y fuertes empujones: "al cubo a estas dos". Y así, sin sentido alguno, me encuentro en una mínima guarida en forma de "cubo". Al compañero Javier se lo llevan a rastras a otra celda al fondo del patio.

Áspero el roce con las cinco paredes del "cubo" y la repulsiva sexta pared, de barrotes gruesos de hierro y con una pequeñísima puerta. Cruel y lasciva la mirada del militar de guardia y, estridentes las risotadas que llegan del fondo. Miro las manchas asquerosas de las paredes y del piso: moho, sangre, heces, hollín, marcas.

Me digo, serénate por lo que más quieras. Tengo que tener el alma empeñada en dos partes, la mitad quedó atrás cuando atravesé esa reja, la otra mitad muy oculta con celo, entre los pliegues de mi corazón, sé que debo mantenerla con el desespero a raya.

Mi compañera del "cubo" es una mujer cercana a los cincuenta años, pobre, prostituta barata de barrio, totalmente ignorante, que ni se explica ni lo intenta, la causa de este encierro absurdo. Se limita a sonreír a todos y cada uno de los militares que hacen guardia en el minúsculo patio frente al "cubo". Creo que tiene cierto retardo mental.

Han pasado dos semanas y no sé nada de nada, no sé la causa de este encierro, no entiendo. Todo comienza a aterrar, los militares, los curas que entran y salen con su sonrisas benevolentes, ¿qué harán allí estos seres anodinos?, las voces de los milicos, estrepitosas, gritonas, el día y la noche, la ausencia de los colores, aquí todo es gris, todo. No existe un sólo instante de dicha. La memoria es lo único que permite alumbrar con los cocuyos de los recuerdos, en ella debo refugiarme.

Mi compañera de celda no está, se la llevaron esta mañana, ni a preguntar me atrevería.

De repente, como una preciosa ráfaga, me llega al oído una voz infantil cantarina, es la mía, diciendo de memoria un poema que solía de pequeña y muy entusiasmada,

El cubo y lo gris

"declararle" a mi madre, mientras ella quedaba extasiada frente a esa niñita de cinco años que le recitaba hasta con lagrimitas en sus ojos, "Los lagartos" de Federico García Lorca:

*"El lagarto está llorando
La lagarta está llorando.*

*El lagarto y la lagarta
con sus delantalitos blancos.*

*Han perdido sin querer
su anillo de desposados*

*¡Ay, su anillito de plomo
ay, su anillito plomado*

*Un cielo grande y sin gente
monta en su globo a los pájaros.*

*El sol, capitán redondo,
lleva un chaleco de raso.*

*¡Miradlos qué viejos son!
¡Qué viejos son los lagartos!*

*¡Ay, cómo lloran y lloran
¡ay! ¡ay! cómo están llorando.*

Todo está detalladamente confabulado, los militares, los curas, el cruel tamaño del "cubo" con 1.40m. de arista y yo mido 1.70m. el escaso patio de asfalto, las armas "bien portadas", las vociferantes órdenes, los obscenos gestos, la única y repugnante comida diaria, una polenta que adobaban en mi presencia con gargajos en el mejor de los casos o con semen de masturbaciones enfrente de uno... y un vaso de agua, no comía nada, pero al cabo de tres semanas, arcada tras arcada, nausea tras nausea, acabé tragando esa asquerosidad; mientras el agobiante color gris me

nubla la vista, es que todo es gris alrededor, dentro y fuera de uno. Cada vez duermo menos, las noches se confunden con los días, desde el "cubo" no puedo ver el sol, ni la luna, ni las estrellas, ni un trozo de cielo, la reja y el escaso tamaño de la celda, no permite ver ni la reseca copa del único árbol gris del patio gris.

En cucullas, lanzo patadas a la pared en un esfuerzo de estirarme, el tamaño del "cubo" agarrota los huesos y los músculos, constriñe todo el organismo, no puedo acostarme salvo en una posición fetal extremadamente encogida y tengo las rodillas laceradas de acercarme a la reja para tratar de respirar mas; la rabia me filetea el corazón. Nada sucede, todo imperturbable a mi desespero. Así transcurre el mes.

A una de las celdas de atrás que nunca llegué a ver, se llevaron a Javier. Al final de este drama, supe que era carpintero y que aquella maldita noche, iba camino del hospital público donde su mujer estaba dando a luz a su primer hijo. Tampoco él entendía nada. La incertidumbre es parte de la agonía o tal vez, sea en sí misma la pena.

Caen las primeras gotas de la lluvia invernal que amenaza un torrente, el asfalto y la suciedad del "cubo" se disfrazan de fétida humedad y pretenden ahogar los quejidos. Una humareda gris se condensa a mi lado.

Se inicia otro mes, el frío encrespa la piel, el silencio espeso, denso, asqueroso y gris. Roto solamente por gritos de dolor, están torturando a Javier. Me advierten "la próxima semana verás el espectáculo", me dicen con sorna crueldad. Mi boca parece un cuarto menguante de pálida luna en un firmamento sombrío, tengo el cuerpo color ceniza. Caigo en un retrospectivo vértigo de autoconmiseración. El corazón se invierte con la angustia.

Un espejo roto en mi pensamiento, me devuelve la imagen de una mujer despedazada; es imposible separar la ira de la violencia, la amenaza es tan cruel como la ejecución.

Llega ese día, me esfuerzo en olvidarlo sin embargo, está enquistado cada momento en que la mente intenta evadir ese recuerdo. Me saca del "cubo" el militar de turno, fanfarroneando, alargando desmesuradamente sus brazos como asquerosos tentáculos, gesticulando con su lengua de camaleón, cierra tras de mí la reja que cae pesadamente con un alarido chirriante de óxido. Un tiempo antes, he visto pasar esposado a Javier hacia el "salón", así llaman al lugar de torturas; va con la mirada desencajada, le tiembla todo el cuerpo, él ya lo conoce y cada fibra de su ser es desesperación. Se ha roto el ciclo de la vida. ¿Dónde puede esconderse uno? El vacío está desnudo.

Me llevan, atravieso una habitación, la siguiente es el "salón", espaciado, sin ventanas, toda la luz es artificial a través de potentes focos direccionados por ellos a voluntad sobre nosotros. Me desnudan. Nada queda atrás. No se puede gritar, ni emitir el mínimo sonido, la garganta lo sabe, lo sabe antes que yo, después le tocará el turno de desgarrarse en alaridos. Desconocidos códigos para mí revolotean agitando sus correosas alas de terodáctilos.

De una pared pende una "picana", es una varilla de metal de alrededor de cuarenta centímetros, delgada, del grosor del dedo meñique de un hombre, de un extremo de ella salen dos cables, uno con un enchufe, el otro conectado a un dispositivo de voltaje. Actualmente siguen existiendo en formatos más "elegantes" y con el nombre de "pistolas de defensa" que ya no hay que enchufarlas. Las paredes del "salón" están sembradas de grilletes, esposas, hay un par de "camas metálicas" y está recubierto todo a prueba de ruidos.

Me siento como si el tiempo transcurriera a cámara lenta; en el suelo maniatado y desnudo Javier se retuerce de dolor, una picana asoma por su recto, convulsiona y da alaridos ¿qué hizo ese buen hombre? ¿dónde están los dioses compasivos? Las religiones son todas, mitologías que se especializan en conjurar “falsa y armoniosamente” la vida y la muerte.

Me empujan hacia otro lado extremo del “salón”, puesta en aspas me atrapan manos y tobillos con grilletes y me dicen cínicamente “a vos te trataremos como corresponde a una dama”, y me vejan uno tras otro...duele todo, es desgarró, los pechos estrujados, los ojos y la mirada se desorbitan y se cierran violentamente, duele hasta la respiración...ellos se “esmeran” jadean y sudan a pesar del frío, gruñen, sus pieles son babosas. Esta sangre que se desliza por mis piernas, tan mía, jamás me la devolverá nadie, se enrosca con el repugnante semen. Me quedo quieta lo más que puedo, el mínimo movimiento de mi cuerpo los enardece aún más, las lágrimas se esconden aterrorizadas. La boa del desconsuelo me asfixia el cuerpo y el alma. Es una cloaca de poder, crueldad, ambición y miserias. No creo que el futuro esté predeterminado, ni el tan estúpidamente pretendido “libre albedrío” haya sido concedido a nadie, por tanto, cielo e infierno no tienen razón de ser.

Me regresan al “cubo”, nada preguntan. Estoy extenuada, sangrante, ya no sé pensar. Lo mismo sucede durante tres “sesiones” durante tres semanas consecutivas. Imploré que me mataran, inútil, pedí al universo que me fragmentara, imposible creer en nada sobrenatural. La oscuridad me envuelve y se cierra como un puño grisáceo.

En la que sería la cuarta “sesión”, al entrar aterrorizada al “salón”, vi a Javier en la cama metálica, era un desecho,

¿qué quedaba de él? Los ojos desorbitados, el cuerpo desgarrado por los impulsos eléctricos de la picana, agarrotadas las extremidades.

Se abre la puerta y entra un cura, trae una estola morada colgada del brazo derecho y una pequeña caja dorada hermosa entre las "beatíficas" manos. Con sonrisa benevolente hace una señal a los militares que torturan a Javier. Ellos dejan de hacerlo, el cura besa ridículamente la estola morada y se la cuelga al cuello; toma la hermosa cajita dorada de manos de un militar que se la ha sostenido, y con parsimonia religiosa se acerca a la frente de Javier, le unta un menjurje de aceites mientras entre dientes murmura letanías, le está dando la extremaunción, que asco moral sentí, se me estremece el alma. Cuando acaba de hacerlo, hace un risueño y "místico" gesto a los militares, asintiendo que su "labor" ha terminado. Ellos sacan la picana del recto de Javier y la meten en su boca, el arco voltaico de lo que queda de su cuerpo es estremecedor. Ha muerto Javier. Los militares y el cura impassibles. No sé describir las sensaciones de ese momento. No puedo.

Ese mismo día, al atardecer, totalmente desmoronada, desesperanzada, asqueada, me regresan al "cubo", Estoy agobiada al extremo, estoy tan sola, de mi compañero no sé nada, la mujer que apresaron esa noche amarga no está, desde la segunda semana de encierro no la volví a ver. Javier murió entre insoportables dolores. Tristísima hasta el tuétano, en el retazo de mundo que me rodea, todo es gris. Cierro fuertemente los ojos, la mirada oscurece, no quiero distinguir nada. Se me está desintegrando el alma, no acierto a reconstruirla, tanto terror al dolor y no parece existir ningún "dios misericordioso". El alarido del silencio de la noche restaña su eco contra las paredes del "cubo".

Transcurre una semana, nada sucede, me estragan la soledad, el dolor, el encierro, la impotencia, el asco.

A la semana siguiente, una mañana gris como todas, se me ordena salir del "cubo", me conducen ante un militar "superior". Él, tiene en sus manos mi pasaporte, color vino tinto con el escudo en dorado de mi patria Venezuela, cuánto amor siento por ese documento, ¿cómo lo consiguieron? quedó allá en la posada casi tres meses atrás. Me lo entrega, no acierto si a tomarlo o no. Lo cojo temerosa sin levantar la vista; aún lo conservo.

Me señalan una puerta "¡salga!" me gritan, conduce al pasillo que tiempo atrás recorrí para entrar en el "cubo". Espero anhelante el tiro de gracia en la nuca, avanzo despacio. Paso tras paso para que acierten bien y nada sucede, ningún disparo, sólo pasos de botas detrás de mí. Llego al umbral de la casa, da al exterior de un jardincillo que ya había visto anteriormente y salgo temblando, a la urbanización de clase media totalmente solitaria y en silencio. Camino hacia la izquierda, camino y camino...

Quedaron sin respuesta tantas preguntas que mi desbocado pensar sigue haciéndose: ¿dónde está mi compañero de vida? ¿de qué se nos acusó? ¿por qué nos torturaron? ¿qué sentido había en todo esto? ¿por qué el cura y sus falsos ritos? ¿y la cruel muerte del inocente Javier? ¿la desaparición de mi compañera de celda? ¿por qué me dejaron libre? preguntas que quedaron atrapadas en el aire gris.

Aún, faltan tres años para finalizar la llamada "Operación Cóndor".

Hoy, a tientes, al anochecer, en un escape al desconsuelo, suelo cerrar los ojos y retener la mirada de mar en calma de mi hombre amado, está tatuada en mi alma.

El cubo y lo gris

De aquella nefasta noche donde cuatro seres inocentes confluyeron en un amargo destino, quedo sólo yo y los dolorosos recuerdos que cubren mi sombra de cenizas grises.

Nunca volveré a ser la misma, aquella mujer que llevaba la flama capaz de encender su vida. Vivo detrás de mí.

EL HYLEG DE MELINA

*Tal vez esto es lo que es el destino, saber lo que va a ocurrir,
saber que no hay nada que pueda evitarlo, y quedarse quietos
mirando como puros observadores del espectáculo del mundo.*

José Saramago.

*Según eternas, férreas,
grandes leyes,
todos debemos,
cerrar el círculo
de nuestra existencia.*

Johann Wolfgang Goethe.

*Es verdad que los astrólogos, estudiando la disposición
y movimiento de los astros, predicen con frecuencia
sucesos verdaderos.*

Santo Tomás de Aquino.

Nació Melina en un barrio caliente y soleado, en pleno centro de la capital del estado de un país caribeño. Con las casas arrimadas unas a otras, pared con pared como amparándose entre sí, todas variopintas de cálidos y llamativos colores, tanto que saltaban las pupilas al mirarlas. Todas eran de una sola planta y con un patio central. La de Melina tenía en el verde remanso interior un frondoso Apamate, que cada tiempo coloreaba todo el espacio; lo había sembrado hace años, muchos años, su tatarabuelo Don Eleuterio, quien había muerto bajo su sombra en su mecedora, cubierto de flores lilas; al árbol se le amaba y respetaba como el más anciano de la casa. El resto era espacioso, habitaciones con techos altos de vigas de madera oscurecida de curaríre, y sobresaliendo en el exterior, en el borde superior del tejado, una de cada lado, dos hermosas gárgolas que boqueaban agua cuando la lluvia arreciaba dos veces al año. De las distintas paredes, colgaban imágenes religiosas en un intento de santificar los espacios,

un calendario remendado con tachaduras, un reloj que un día funcionó detenido en una hora inexacta y, unos cromos de cuadros de pintores famosos reducidos a papeles arrugados, descoloridos y aprisionados por vidrios. En una habitación dormían los padres, en otra Melina y su hermana menor.

Su padre Esteban, cuarentón alto y regordete como un cerro, con la piel tostada, un detallado bigote negro y que palabroteaba continuamente, era escribano del registro principal; su madre Dunia leía mucho, todo lo que caía en sus manos, desde una receta, el periódico, hasta los panfletos y las noveluchas románticas por entregas, pero escribir nada, en absoluto, salvo la lista de las compras. Era garbosa, agraciada, con una perenne sonrisa en la boca, más no en el rostro.

La vida durante la infancia de Melina transcurrió entre el colegio, las tareas, los recreos, e intentar colaborar siempre silenciosa, en la cocina con su madre en la elaboración de dulces caseros de hicaco, limonzón y cascotes de guayaba, que se vendían en auxilio de la economía. La vida familiar no daba mucho a escoger que digamos, eso sí, unidas y decididas en racimo las tres madre e hijas, no así el padre, a seguir estrictamente con los dictámenes que según la propia madre, antes la abuela y más antes la tatarabuela, afirmaron categóricamente sin opción a duda alguna, que los había dictaminado el buen Dios.

El tiempo avanzó indetenible, Melina se transformó en una mocita larguirucha, de hermosa melena castaña, y ojos apagados. De un temperamento calmoso, quizás demasiado sosegado para su adolescencia y callada como era, fue plegándose en su propio mundo. No se distinguía en nada especial.

Los años se sucedieron rápidamente, y de un día para otro, Melina cree que está enamorada. Leo, un joven cinco años mayor que ella, estudiante del último año de bioanálisis, zanjea el frente de su ventana y no la pierde de vista en la misa dominical, poco a poco avanza en su galanteo, le envía pequeños ramos florales con poemas escritos por el poeta del barrio, y hasta se atrevió a tocarle dos serenatas. Resultado, Melina y Leo son novios. Los padres Don Esteban y Doña Dunia lo aceptaron a pesar de que ella era aún menor de edad, contaba diecisiete años. Once meses de noviazgo y el casamiento.

La ceremonia en la iglesia de la plaza del barrio, duró como todas, sobre la media hora, sin contar el responso de consejos por parte del cura, quien no sabía de lo que se trataba el amor de una pareja, pero elucubraba con firmeza sobre los designios divinos referentes a la indisolución del divino sacramento, aduciendo, que lo que Dios une no lo separe el hombre.

Harta, asqueada, Melina estaba hastiada; hace ya cuatro años que se había divorciado. Una relación que duró cinco años, donde dominó el silencio cómplice de ambos, la rutina insidiosa sin alicientes para ella, y en la que no tuvieron hijos. Ya no venía al caso agitar esos recuerdos. Era una mujer joven; ejercía de secretaria de un árido bufete de abogados, trabajo que la sumía en una monotonía y cotidianidad insufrible, rodeada de papeles totalmente alejados del mundo que ella creía imaginar, y llevaba sola demasiado tiempo. Había intentado numerosos cambios. Se inscribió al fin en la universidad, en periodismo, la profesión que le gustaría ejercer y se ocupaba metódicamente de sus actividades universitarias. Y había hecho unos pocos amigos.

Al llegar a su apartamento meticulosamente ordenado, apenas pisaba el umbral, la esperaban dos acompañantes ansiosos: el silencio y la soledad. Los vecinos como siempre, en su tolerable egoísmo, acuartelados tras sus puertas. Ella, encendía la televisión aunque no la estaría viendo, solamente para oír las voces, los ruidos. Cuando trabajaba en las tareas de la universidad, una música hermosa resonaba en el escritorio; eran paliativos para combatir el silencio. Le agradaba cuando la llamaban, pero creía molestar si lo hacía con sus amigos, que tenían vidas tan intensas, agitadas y bulliciosas, vidas que a ella le gustaría tener.

Para vivir como los demás, le era muy necesario hacer planes radicales en su pueril vida, cancelar los saldos de su insulso pasado, dejar de seguir viviendo la vida anodina que llevaba, tan insignificante, tan nada memorable, enquistada en un mundo pequeño, rutinario, metódico, donde la cotidianidad era dueña de todo. Recordaba su niñez, como la de la mayoría de las niñas tranquilas y taciturnas, estudiando en un colegio castrante de monjas; en el hogar, fue una "niña de su casa" hasta que se casó, y en su breve matrimonio pasó a ser una "mujer de su hogar"; después, un trabajo rutinario y sin alicientes tanto fuera como dentro de la casa, es decir, era un ser resignado, cumplidor de sus tareas diarias, cortés, de buenos modales, con una preparación estrictamente básica de secundaria, en definitiva, ¡cuánta aridez! ¡qué monotonía! ¡que sin sentido su vida! Envidiaba a los seres extraordinarios, irreverentes, vivaces, valientes, a los seres que exprimían la vida, que arriesgaban; anhelaba discretamente para sí misma ser uno de ellos.

Un atardecer, sola en el sofá de la sala, como casi siempre, ojeando el periódico del día que aún no había podido re-

visar, leyó un aviso que llamó su atención por el título del encabezado:

SU CARTA ASTRAL. ASTRÓLOGA LE REVELA SU PASADO, PRESENTE Y FUTURO

Una palabra retuvo su atención "FUTURO".

¿Y si fuera? Nada perdía con hacerlo, nunca se interesó por nada esotérico, pero ¿por qué no ir? Sería algo extraño en el juicioso orden establecido en su rutina diaria. Tomó nota en su típica agenda de secretaria de los datos del aviso de la astróloga y decidió que la tarde libre que tendría el próximo martes, lo dedicaría a realizar esa rara visita; llamó por teléfono y reservó la cita. Tenía pensado preguntar, pregunta tras pregunta, quería ilusionarse con los pronósticos astrales que tal vez le depararían una vida más vivificante, más excitante, eso quería, y sin silencio y sin soledad; quería indagar sobre lo que le ofrecería el futuro, su futuro hasta el último día de su existencia. Estaba determinada a planificar su vida dándole un giro radical.

Había aparcado el auto discretamente, no quería en lo posible que nadie se enterara de su visita a ese centro de esoterismo; esta actitud era insólita en el comportamiento al que ella estaba acostumbrada. Le brincaba suavemente el corazón, alborotado su "riesgosa aventura". Nadie deambulaba por los pasillos ni en el ascensor que la llevó al tercer piso. Cuando llegó a la puerta se detuvo en seco y tras unos instantes pulsó el timbre tímidamente dos veces.

Una mujer cerca de cincuenta años, abrió la puerta, tenía alrededor del cuello, enroscada una delicada bufanda flo-

reada en vistosos colores. Era hermosa, de facciones decididas, muy delgada, con unos ojos zarcos, el cabello bruno trenzado y una suave voz sosegada; con un gesto la hizo pasar.

Melina tras de sí cerró la puerta con el indispensable ruido, se ajustó la ropa y se irguió celosamente; el piso estaba alfombrado, los pasos no se sentían. Nerviosa, no sabía como comportarse en esas circunstancias tan extrañas para ella.

Era una habitación alumbrada por luces muy tenues, el sol atrevido se deslizaba por las cortinas, Melina miró en derredor; repletas las paredes y los estantes de figuras y gráficas esotéricas; un Maneki-neko, gato japonés de cerámica dorada que le pareció descomunal, agitaba imperioso y sin descanso su pata izquierda en un vaivén constante. Unas figurillas talladas de aves fénix permanecían estáticas en su renacer inmortal de las cenizas, cajas impresas con el nombre "runas", tres péndulos de los que colgaban guijarros transparentes, cartas de tarot desplegadas unas en lecturas y otras cuidadosamente guardadas en sus estuches, piedras de cuarzo de diferentes y delicados colores, velas todas ellas encendidas de diferentes tonalidades verdes y rojas, colocadas en lugares estratégicos; cojines de chillones colores apuntalados en los dos sofás, y libros, muchos libros esparcidos por todas partes, algunos hasta en el suelo. Hacia el centro una mesa redonda con un mantel de azul intenso y sobre él, una vela blanca encendida, un vaso tallado hermosamente lleno de agua, un pliego doblado en cuatro partes, varios bolígrafos de colores verde, azul y rojo, una regla milimetrada, una pequeña libreta de anotaciones y un hermoso jarrón con tres calas blancas y tres rojas. Melina estaba acostumbrada a pun-

tualizar minuciosamente, siempre lo hacía donde quiera que llegaba, por eso reparó en todos los detalles de la estancia. La luz del día cruzaba sutilmente los cortinajes de un azul muy claro.

La pitonisa le dijo que se llamaba Asdelia, y estaba dispuesta a ayudarla en sus inquietudes sobre su pasado, presente y futuro, tal como lo anunciaba en el aviso de la prensa. Melina categórica le respondió que solamente le interesaba el futuro, que su pasado ya lo conocía y el presente lo estaba viviendo. Que lo único que quería era saber todo lo que se presentaría en su vida a partir de ese mismo día hasta el final de ella. Que estaba determinada a rehacer su monótona y sosa existencia de una vez por todas.

Asdelia se estremeció levemente, luego se aflojó hasta lograr una serenidad relajada y perfecta. Le respondió, que entonces, en ese caso, las runas, el tarot y el péndulo estaban demás. Que lo más adecuado era, realizar en su presencia su carta astral, donde además del pasado y presente que no le interesaban por conocidos, se aclararían hechos y dudas sobre su futuro hasta el último día de su vida; a lo que Melina convino entusiasmada.

La sibila colocó música de fondo en su aparato reproductor. Melina esperaba una música relajante y anodina como la que sus amigas le habían echo escuchar en supuestos ratos de estrés en reuniones grupales. Pero se sorprendió cuando escuchó por primera vez La danza del fuego, con sus apasionadas y enervantes notas.

El sol estaba ahora imparcial frente a la ventana, anegándolo todo con su luz amarillenta, la estancia ganó luminosidad. Asdelia desplegó sobre el mantel azul oscuro de la mesa, un plano donde aparecían en tres círculos concéntricos los doce signos zodiacales, las doce casas astrales y

los grados en cada una.

Le pide a Melina los datos necesarios, día, mes, año, hora y lugar detallado del país, estado y ciudad donde nació. Toma la regla, la computadora portátil con el programa astrológico y empieza a colocar símbolos y trazos de diferentes colores, todo ello rápidamente con mucha destreza. Después de casi media hora, con el rostro satisfecho, le dice que ya está lista su carta astral. Los signos zodiacales, los planetas regentes y secundarios situados en las casas astrales respectivas, los aspectos entre ellos con sus cuadraturas, textiles, trígono, conjunciones y oposiciones, los nodos lunares con la cabeza del dragón o puerta abierta y la cola del dragón la puerta cerrada, la rueda de la fortuna y el temido hyleg.

Empezaba la parte más interesante y conmovedora de la lectura, dar contestaciones a las preguntas que deseaba hacerle; ante ella se extendían en la carta astral las respuestas. Melina estaba nerviosa, empezó por preguntas como: si me mudara de donde vivo, si lograra graduarme de periodista, si ejercería con logros la profesión; y cómo reaccionarían sus padres y sus amigas. ¿Y si volviera a casarse? ¿el matrimonio duraría hasta el final de su vida? ¿tendrá hijos, viajará al exterior?... y otros detalles.

A todas esas preguntas la mujer le respondía con un escueto "no". Eran un "no" tras otro como respuesta a las preguntas que Melani hacía. La astróloga los pronunciaba secamente sin inflexión alguna, como ecos.

Eran desatinados los "no" como respuestas; absurdo, inimaginable, que no se mudaría nunca, que no se graduaría ni trabajaría como periodista si obtenía tan buenos resultados en su carrera, que sus padres y amistades no tuvieran ninguna reacción; que no se casaría una vez más,

justamente ahora que estaba enamorándose de un compañero en la facultad; que no tendría ningún hijo, ni viajaría... nada, es que ¿no sucedería nada en su vida a partir de ese día?

Melina, tenía los músculos rígidos, como si hubiera estado inmóvil durante horas, sin embargo, el sol apenas estaba algo más bajo y algo más rosado. La astróloga sería y también angustiada hacía silencio, temía que le hiciera la pregunta decisiva que aclararía los "no". Durante un rato solamente se oía a Manuel de Falla en sus exaltadas notas de La danza del fuego sin cesar.

Le era muy difícil, casi imposible preguntar por su muerte, cuando y como acaecería. Era su última pregunta y así lo había determinado antes de llegar a la consulta; y ante esos angustiosos "no", más acuciante era la consulta, no entendía hasta el momento, nada de nada. ¿Por qué no sucedería nada? Con un gesto agitó la cabeza como quien pretende sacudir incertidumbres, su rostro cambió de expresión, una inquietud indefinible, se había vuelto un momento determinante en la experiencia de su vida, además, sabía de sobra, que el desconocimiento de los hechos no impediría que éstos sucedieran.

Asdelia, la astróloga, desde que elaboró la carta astral, sabía la respuesta a la que sería la última pregunta de Melina, en caso de que se atreviera a hacerla. Por ello, no se había detenido en dar argumentos a cada uno de los "no" que dio a todas las interrogaciones que ella le había expresado.

Silencio, sólo la música de fondo, el sol furtivo a través de las cortinas y la carta astral desplegada sobre la mesa. La joven contemplaba absorta el papel extendido, ahora amenazante sobre el tapete azul.

Chascando la lengua y con un gesto de estoicismo Melina preguntó: ¿Cuándo moriré?

Asdelia revisó y repasó nuevamente todos los cálculos que había realizado, revisó todo lo concerniente al hyleg: el sol, la luna, el ascendente, la fortuna, el Alcodon o "dador de vida", el Anareta o "dador de muerte", los regentes, la casa 8 de las enfermedades, los planetas Marte y Saturno, los planetas regentes, todo, nada se le escapó, todos los lugares aféticos. Las respuestas que le había dado a Melina eran las que la carta astral daba y ella transmitía.

El Hyleg señalaba el 21 de octubre de 2014 y, ese día era martes 19 de mayo de 2014.

A Melina, el mundo se le desvaneció y con él, el sentir de la vida. Atónita miró alrededor, los ángulos de las paredes se habían distorsionado, las manos perdieron sus contornos, percibió el estallido del declive de la existencia.

Respiro hondo, aspirando todo el aire que podría caber en su alma y muy alterada alegó airada, que estaba en la plenitud de su vida, que quizás no era muy feliz, pero morirse tan pronto. ¡No! ¡Imposible! ¡Un desatino!

El cuerpo se le agarrotó, se negaba aceptar la respuesta, siglos duró el suspiro que emitió su garganta abrumada por la invasión de las nuevas imágenes que se creaban en su mente. Repentinamente el mundo se había detenido y todo lo que la rodeaba estaba cargado de muerte; en instantes se ocultaron todos sus afanes. ¡Pasaré ese tiempo tan breve y moriré! repetía casi gritando.

Se puso de pie, temblorosa se apoyó en el borde de la mesa con la frente helada y el estómago encogido; con la mirada clavada en el papel de la carta astral, se inclinó hacia la mujer en un intento de reclamarle, de gritarle, de insultarla.

Asdelia sentía dolor, el dolor ajeno que también es doloroso. No hubiera querido darle esa respuesta, pero la integridad de su profesión de astróloga lo exigía moralmente; además Melina desde el inicio de la consulta se lo había exigido claramente, era el único motivo, su futuro hasta el último día de vida.

Melina se levantó mareada, estremecida, en sus oídos zumbaba el ruido de la vida, se quedó ahí de pie largo rato. Al cabo, muy despacio se dirigió a la puerta, Asdelia la abrió, intentó darle un abrazo pero Melina la contuvo, un latigazo de temor sacudió su cuerpo.

En un primer momento no sabía discernir lo que había pasado. Pero en instantes se recobró y con el corazón de plomo, la boca reseca totalmente y el miedo instalado en sus carnes, empezó a caminar dando vueltas, hasta que agotada subió a su carro y volvió a su apartamento.

Una vez en su interior, le parecía que los objetos temblaban. El silencio y la soledad esta vez eran desmedidamente opresivos, en su ausencia se habían adueñado del lugar. Se asomó al ventanal, anochecía, la luna en menguante pendía del cielo y una sensación de precariedad y desgracia se le agolpaban en el cuerpo. Respiro profundo intentando deshacerse de la pesadumbre de su pecho; tenía que fortalecerse; estaba amedrentada por esa condena a muerte.

Transcurría el tiempo agobiante, tenso, veloz. El sol amaneció mucho después que ella, y se encaramó en el arco del cielo; no era ya un día rutinario como cualquier otro; ahora, los días se hacían cada vez más breves, brevísimos, sobre su rostro temblaban seguidamente las lágrimas de la desesperación.

Dejó de ir al bufete de los abogados, de asistir a las clases

en la universidad, de salir con los amigos y las amigas, de contestar las llamadas limitándose a oír los mensajes y responder a cada uno con una escueta excusa. Se quedaba enroscada cada vez más en la cama, o deambulaba por el apartamento, sin apetito, sin alicientes, con un cansancio infinito, fatigada y perdiendo la lucidez.

La muerte la había entumecido en su definitiva cercanía. Melina, inspiró hondo, se apuntaló en su propio miedo, se atrincheró y se dispuso a intentar resistir. Ese mismo día resolvió realizarse una revisión médica completa y dado el caso, cumpliría todo lo prescrito por los facultativos.

Nada detectaron los exámenes médicos, gozaba según los galenos de muy buena salud. Regresó algo fortalecida a su apartamento; ya atardecía y se preparó una taza de chocolate caliente con bizcochos que no saboreaba con deleite desde hace tiempo.

La próxima semana iniciaba el mes de Octubre, lo encarará. Sin embargo, algo en su interior sigue atormentándola. Lleva ya cuatro meses con un agobio y tristeza desmesurados, se pregunta ¿me habré sugestionado tanto para llegar a estos extremos? Un rumor de miedo sigue resonando en su cerebro.

Es 21 de octubre. No podía evitarlo, el día entero se mantuvo con un apretado nudo en el estómago, una angustia y un desasosiego que estruja y afloja su organismo entero a medida que transcurren las horas. No se atreve a hacer nada. Se recuesta en el sofá a ver sin ver la televisión, abstraída en pensamientos todos ellos desvaídos y angustiosos.

Al llegar la noche, un fuerte dolor de cabeza, la decide a hacerse un té relajante, tomar un analgésico y acostarse a dormir. Total, en pocas horas acabará el maldito día.

Los padres se abrazan sollozando desconsoladamente, Las amistades de Melina conversan quedamente; comentan cuan rara estuvo desde finales de mayo. Como se había retirado de todo, estudios, trabajo, distracciones. El velatorio era silencioso y sencillo como ella lo fue.

Al día siguiente, en el periódico aparece la esquila de su fallecimiento; en la misma página, al mismo lado, el aviso que la astróloga publica diariamente ofreciendo sus servicios.

Murió Melina, su falta no afectará en lo más mínimo la existencia del mundo.

La vida no es sino un constante y desesperado combate siempre fracasado contra la muerte.

EL ENGAÑO

Ella por volverlo a ver corrió a verlo al mirador.

Él volvió...con su mujer.

Ella se murió de amor.

José Martí

Cuantas cosas quedaron prendadas,

hasta dentro del fondo de mi alma,

cuantas luces dejaste encendidas,

yo no sé como voy a apagarlas.

Que te vaya bonito. **José Alfredo Jiménez.**

Muy a menudo,

las lágrimas son la última sonrisa del amor.

Sthendal

En el amor, todas las cumbres son borrascosas.

Alphonse Donatien

Marian se levanta temprano ese día, con un ánimo veraniego como nunca antes; es el primero de los cuarenta y cinco días que tiene por delante para descansar en sus vacaciones anuales de verano y, los planes que tiene, el entusiasmo y la curiosidad la zarandean. Desde hace más de un año, está enamorada de un hombre a través del ciberespacio, se llama Alonso Gastelis, así le ha dicho, y ella cree firmemente en él, porque el enamoramiento y la desconfianza no sobreviven juntos.

Desayuna, se acicala y prende rápidamente la computadora. Se conecta con él y allí está. Esta vez es una conversación muy particular. Se proponen encontrarse en Quito, Ecuador, allí vive Alonso. Será ella la que viaje, así lo han decidido, ya compró los pasajes de ida y vuelta naturalmente. Se tienen todo: fotografías, direcciones, teléfonos y un desgranar de expectantes sentimientos amorosos. Sal-

drá en tres días.

El avión llega al aeropuerto Mariscal Sucre. Allí está él, más hermoso que en el internet, alto, corpulento, la mirada gris, con lentes, y el cabello negro al abandono. El corazón se sacude alborotado, es como hallarse en el interior del farolillo de papel de una verbena. El trajín del desembarco, la recogida de la maleta, el papeleo de la aduana, todo ello pretende entorpecer ese único e irrepetible encuentro, pero ellos no lo permitirán.

El mundo que les rodea se diluye; después del éxtasis de los primeros momentos, Alonso la conduce con galantería a su automóvil y la lleva a un precioso hotel donde reservó. Son dignos uno del otro, dos mundos disímiles girando al unísono. Al mirar en derredor, la habitación adquiere un fulgor caprichoso; el galán sol poniente está justo frente a la ventana, inundando todo con esa luz escarlata del oca-so. Piensa Marian que está en la plenitud de su juventud y quizá, no vuelva a tener un momento tan extravagante y delicioso en su vida.

Se prenden estrellas en los párpados, son horas de ilusiones arrancadas al tiempo y a la ausencia, son despertares escondidos, retazos de miradas a cambio de entradas a los sueños. Asoma este querer de los vientos hacia arriba, se sacuden los mundos del deseo de los imposibles, murmullos de palabras que quedaron inconclusas abren las puertas del amor. Se huelen aromas desconocidos, son momentos para ellos inconfundibles. Se rodean con los brazos y los ojos. Se desgrana el universo, se orna el horizonte, la pasión encandila el aliento, impregna el delirio de las certezas.

Lagrimean los cuerpos, latén sus texturas, escapan los gemidos por la orilla de la piel. Se entreteje la trama mágica

del amor. Un nidal en la cama con destinos inciertos.

Transcurren días primorosos. Alonso la invita a conocer su ciudad. Quito es la capital cerca del sol, la más antigua de Sudamérica y situada en la mitad del mundo, donde se puede sentir la energía del centro de la tierra, y el mes de agosto, es seco y con una temperatura fresca muy agradable. La pasea por su hermosa arquitectura colonial, la lleva a la Iglesia La Compañía, la de estilo más barroco del mundo, construida con piedra volcánica y sus altares de cedro y láminas de oro; al convento de San Francisco, donde cuenta la leyenda, que por faltarle una piedra en los bajantes de agua, por sus escalinatas, no puede subir nunca Satanás; los exteriores del Palacio de Carondelet, la Plaza de la Independencia en el centro antiguo de la ciudad quiteña, la calle La Ronda, ecléctica, tradicional, bohemia, diurna y nocturna, donde se reúnen poetas, pintores, músicos y artesanos, destacándose la hojalatería; los museos de Guayasamín, Viteri, Stornaiole, Kingman, el del Tren, el jardín botánico; sitios, lugares todos, que la cautivan.

La música ecuatoriana embelesa las noches de Marian, Alonso la lleva a las actuaciones del lento y melancólico Pasillo, del precolombino, alegre y festivo Sanjuanito, del Pasacalle que a ella le resuena al pasodoble español, de los cantos del recuerdo de los nostálgicos Yaravíes.

La convida a saborear platos, postres y bebidas típicas quiteñas: el seco de chivo, locro de papas, hornado, dulce de higos con queso, compota de tomate de árbol y, las bebidas llamadas rosera, canelazo, mistela; sabores nuevos, aromas y texturas desconocidas para ella.

Una plácida mañana fresca y luminosa, Marian, sola en la habitación del hotel, lo decide, se siente aventurera, ese día al atardecer le dará una sorpresa a Alonso que jamás

se esperaría, irá a visitarlo. Para ello, había guardado celosamente la dirección que él al inicio de su cibernética relación le dio, diciéndole, que era la de un amigo y compañero de trabajo con quien vivía mientras encontraba como independizarse definitivamente. Llega la hora, se emperifolla, toma un taxi y le da la dirección al conductor. Al cabo de veinte minutos, está al frente de un edificio de nueve pisos. Alonso y su amigo viven en el último. Toma el ascensor que se abre en el piso marcado. Con suavidad toca tres veces el timbre; enseguida abre la puerta una mujer hermosa, sencilla y amable, tendrá alrededor de cuarenta años. Marian le dice quien es, de donde viene y, que está buscando a Alonso Gastelis, quien le dio esa dirección, le muestra el papel donde la tiene anotada. La mujer muy amable y afectuosa le dice llamarse Rosalba, que su esposo llegará pronto, y él sabrá darle la dirección exacta de ese señor que ella busca. La hace pasar al apartamento; está decorado con sencillez y ciertos lujos, y un perro grisáceo lanudo que no cesa de mover histéricamente la cola la saluda como si la conociera de siempre. Ambas se sientan, e inician una conversación ligera sobre sus países y sus costumbres. Como mujer bien casada que es, le habla de su esposo, su adorado esposo, lo servicial, lo trabajador, lo amoroso, lo galante que es, se desgrana en sus cualidades, sobre ella, no dice nada. Vuelve a repetir que ya está por llegar.

Suena el timbre dos cortas veces, e inmediatamente el ruido de la llave en la cerradura, Rosalba, con una generosa sonrisa se levanta, y presurosa se dirige a la puerta que suavemente se abre. Entra él, alto, corpulento, con su mirada gris, sus lentes y su cabello negro al abandono. Por encima del hombro de la esposa, él ve a Marian. Un silencio en el que se oye el pulso de la tierra agobia el instante.

Rosalba la presenta y le explica el motivo de su presencia. Él saluda cordial e impasible con un correctísimo gesto de cabeza, cede a la presión del ligero apretón de manos y se sitúa junto a su esposa, mientras el perro le babea los zapatos y a una orden áspera de él, va a echarse a un lado. Después de mirarlo con unos ojos ariscos como dos puñados de ceniza, Marian le pregunta directamente, si conoce y le podría anotar la dirección del hombre que está buscando, Alonso Gastelis. Él contrae sus facciones, se aprieta contra Rosalba y dice que siente no poder ayudarla, que no sabe nada en absoluto de ese hombre del que le habla, y no conoce ni de nombre siquiera al tal Alonso Gastelis; afirma su procaz mentira con la cínica mirada resplandeciente.

Sopla el fétido aliento de la falsedad, repta la indiferencia, juego cínico el de la lengua y los labios. Desgarro contra el muro silente de la indiferencia, se extravía el contorno hueco del cuerpo, aturde el ahogo de las palabras, comienza su bamboleo la danza del rencor, se cae en la grieta del desconcierto.

Él se levanta con un seco ademán de terminar la conversación y va hacia la salida, detrás la esposa y Marian los sigue; esta vez, siente ella al salir, que la puerta se alza como la de un templo sombrío, se siente como un animal acosado. Cuando sale y se cierra la portilla a su espalda, siente que unos ojos grises la amenazan y el ansia de maldecir, de no parecerse a la Marian de Alonso, la taladra.

Una despedida sin dar tiempo a nada, un adiós apresurado, violento, miserable; sólo al recordarlo le duelen los huesos, las vísceras, la mirada; una piedra rugosa se le ancla en la garganta. De un tirón se alisa la ropa y recoge el cabello; quiere echar a correr, pero algo pegajoso la afince

al suelo a cada paso que da. Un dolor concentrado se retrata en el corazón. Él, en su pensamiento, se vuelve un ubicuo fantasma tortuoso, es el acoso demencial contra el muro de la indiferencia, es un cuerpo extraviado entre los grises de la cobardía y el ahogo de la palabra.

Afuera, un sol friolento del atardecer con su polvillo naranja; se arroja con la chaqueta que trae colgada del brazo y alza los hombros. La tristeza debe ascender a la altura de las grises nubes.

Entra en un restaurante, toma un par de tragos fuertes. Le duelen los huesos de las manos, la cara, de todo el cuerpo, siente como si los nervios le astillaran.

Pesa el cuerpo, no siente los labios, los párpados cargados; acierta a tomar un taxi y darle la dirección del hotel donde se hospeda. Llega, se derrumba en la cama, ya se adentró la noche, siente como si acabara de volver de un viaje infinito, de una atmósfera cuajada de pesadez. Las lágrimas no puede contenerlas, no son las que se lloran con o sin razón, estas tienen un sabor acedo. El rostro se maquilla con manchas tornasol, son incendio de bengalas las pupilas, las palabras dichas se agrietan, las no dichas se extravían, las sombras se quiebran atravesando los suspiros.

Cómo pudo olvidarme sin recordarme, se dice a sí misma, antes que el beso fuera melaza y la piel crujiera como organdí, antes que la nostalgia se anclara en las venas y la oscuridad royera los espacios; las flores del recibimiento son ahora capullos inconfesables. El rencor, gris y pegajoso, como duende que contrae el ser, empieza a disecar las entrañas; agobiante aquelarre que ofusca el horizonte y retuerce los recuerdos.

Su sombra no le pertenece, es anciana como el olvido, se

enroscó como se anuda al sol la sombra mustia de un girasol. Mañana amanecerá y tendrá que encontrar una fuerza mayor y realzarla.

El 2 de septiembre, dieciséis días antes de lo previsto para retornar, cambia el pasaje, adelanta el vuelo. Hay que regresar, volver, a su tierra, a su trabajo, a su familia, a su gente, a su vida. Clavará la mirada en el presente y el futuro, sin desviarla nunca hacia ese nefasto trozo del pasado. Es definitivo. La vida se hace un poco mejor tan pronto como una se esmere en intentar hacerla y Marian se esforzará en ello.

Ya en su tierra de nuevo, en el hogar, escribe en su diario un poema:

AL FINAL

*Al final
me escurrí entre rendijas ocultas
zanjas sorprendidas
heridas de la carne que no cierran
tajos que dejaron las caricias
arranco de la piel
la costra de la mentira
recojo piedras y caracolas
las incrusto en mi cuerpo
un lamento
es el gorjeo de los pájaros
en mi garganta*

*¿se cierra el círculo?
¿dispone el destino?
Duele lo vivido y lo no vivido.*

Mañana, será mañana, y otro amor llegará, pero no será él del tal Alonso Gastelis o como se llamara, y eso es más que suficiente para seguir viviendo enaltecida.

SOLITARIA

*Solamente los muertos conocen el reverso de las piedras.
Solamente las piedras conocen el reverso de los muertos.*

Olga Orozco.

*La casa nos ayuda a decir: seré un habitante del mundo,
a pesar del mundo.*

Gaston Bachelard

*Y a un grito todas las casas
se asaltan y se despueblan.*

Miguel Hernández.

*A la orilla de la vida se acurruca el corazón de la casa
mientras flotan sus pupilas perdidas en los sentidos*

María Cristina Solache Galera.

¿A dónde se fue? ¿A dónde?

Lo sacaron por mi puerta, por mi boca; en una camilla, los ojos de mis ventanas lo vieron todo.

¿Quiénes forzaron la cerradura?

Mi puerta, mi boca, daba al tiempo y a la vida.

Doy vueltas giro mareada en los espacios de antiguas cuittas y regocijos, lloro y pregunto.

¿Por qué se alejó?

Me había echo amiga del sol para que luminara su sala y las plantas del balcón; ahora, estoy siempre debajo del ala de la noche. A veces, la llovizna tintinea en las flores lilas.

Se fue, no me avisó, amaneció y se fue, se fue de mi cielo a no sé dónde.

¿Acaso a su último sueño?

La congoja de la ausencia se prolonga, esta soledad trasta-

billa los pasos que ya no siento sobre mis suelos, quedó el vértigo y la mirada de ceniza del ventanal. El dolor del alejamiento me ceba, se ceba en cada una de mis estancias.

Recorrí día a día, tiempo a tiempo, sus pasos, sus gestos, sus miradas. Era silenciosa y acogedora la noche, mientras su noche dormía, hoy es crecido zumbido de caracol.

¿Acaso no volverá en mis sueños?

El amor nos hilvanó para el vivir, era la perla de la ostra que soy.

Hoy, mis costados están secos, sostengo los cuadros que se detuvo a contemplar, sostengo los muebles por sostener, las porcelanas estáticas pretenden seguir decorando, nada resbala de la mesa inmóvil rodeada de rígidas sillas entre el mantel y el cubierto; sostengo todo, porque todo quedó aquí, no se llevó nada, nada, hacia allá donde dicen que de algún modo se existe... ni me llevó consigo a la estancada perpetuidad.

¿Por qué no me llevó?

Solía asomarse timidamente a los espejos, muy de vez en vez; se fugó su imagen, se la llevaron con su cuerpo.

¿Qué reflejan ahora?

Estoy transformándome en cortezas, ya no tomo préstamos al color de las flores lilas del balcón, ellas aún no se han enterado, todavía florecen.

¿Dónde está la casa de mi hogar?

¿El hogar de mi casa?

Se levantan airados los recuerdos; los míos que eran suyos, están por todos los lugares, están en mi corazón.

Estoy quebrada, detenida en un tiempo que desconozco.
Mis ventanas ya no se asoman afuera, al mundo: hoyos
que son mis ojos.

Ni sus huellas quedaron en el aire mío; se agiganta el silencio,
que cruza callado y fantasmal, excavando en mis espacios.

¿Cómo embrazar su cariño?

Para entrar en la muerte le valió mi puerta, mi boca. Nada
sigue igual, me estoy desvaneciendo.

¿Acaso me contraerá el olvido?

Mis lágrimas son duras, secas, son de argamasa, son amarillentas
como guijarros, surcan desde mi vientre de piedra que entona el canto torpe
del desaliento.

Se tornan sordos y quebradizos mis huesos, los mismos que sostuvieron
nuestras realidades.

La insignificante distancia de un paso, un solo paso hacia fuera de mi umbral,
separó las sombras nuestras y sume el corazón hacia adentro.

¿Acaso no guarda la llave de mi puerta?

Me encojo, me atrincheró, me agazapo, inútil.

Se fue, lo sacaron por mi puerta, por mi boca. Lo sacaron sin prisa,
con el cabello desordenado, lívido, sin la luminosidad de su mirada por
delante, con un pensar perdido y una sombra de eternidad en sus manos.

Una estela mortecina quedó en el aire memoria abajo, y aquí quedé yo,
como el relente de una solitaria.

ÍNDICE

PRÓLOGO.....	5
GILMAN Y LA PARCA.....	9
MARCINA Y EL ESPANTAPÁJAROS.....	13
LOS «CUATRO».....	19
LA CASA Y ELLA.....	27
DESINTEGRACIÓN.....	31
LA PESADILLA.....	37
EL CUBO Y EL GRIS.....	41
EL HYLEG DE MELINA.....	51
EL ENGAÑO.....	65
SOLITARIA.....	72

Este libro se terminó de imprimir en los Talleres Gráficos de Sultana del Lago Editores, un 8 de noviembre de 2017. En la ciudad de Maracaibo, Estado federal del Zulia, continente americano, en el planeta Tierra; el mismo día pero de 1916 en que nació el dramaturgo Peter Weiss.

www.sultana.com.ve